

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — TOMO XXX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

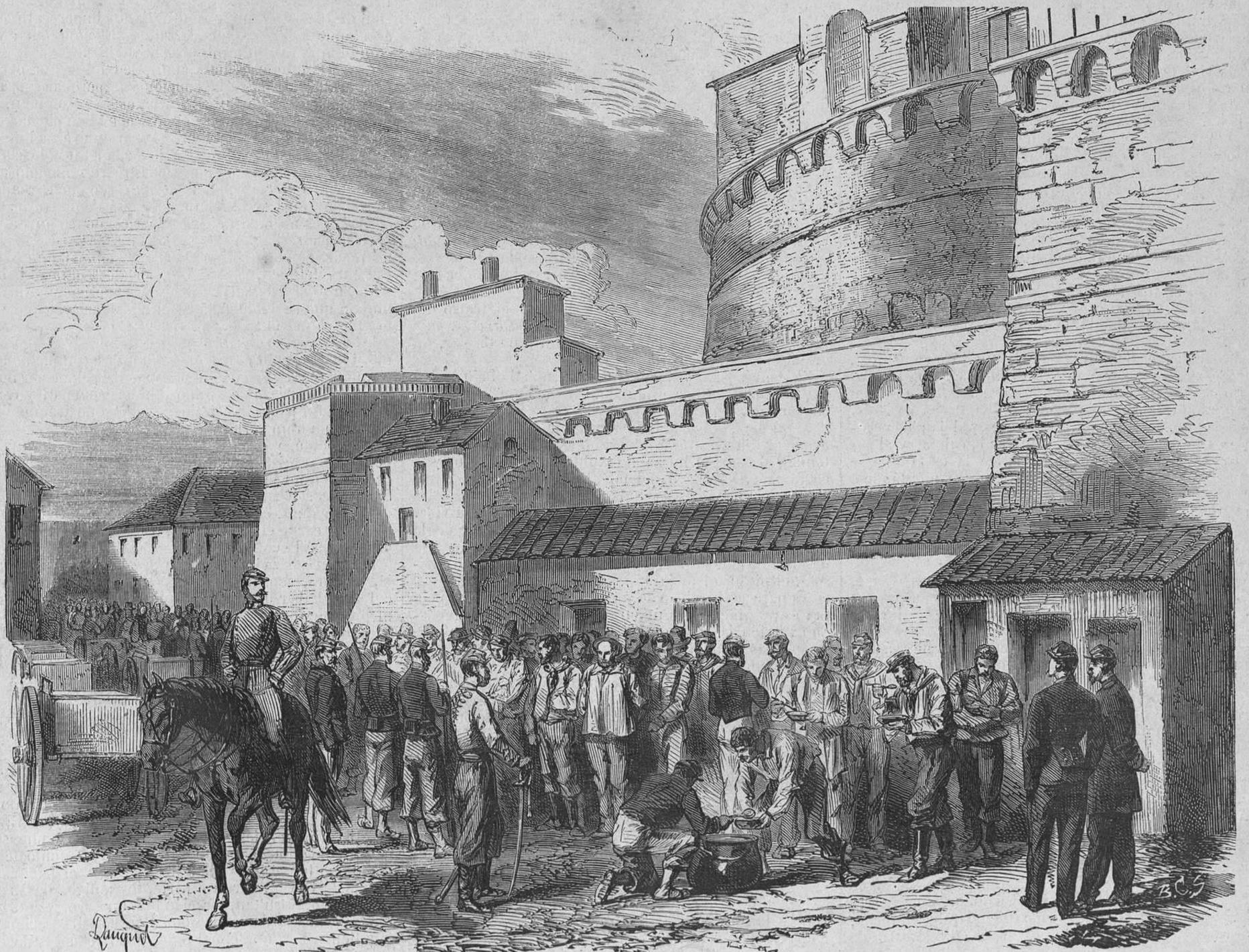
AÑO 26. — N° 780.

SUMARIO.

—
sucesos de Italia; grabados. — Revista española. — Exposición universal de 1867: La pintura de vidrieras; grabado.

— Revista de París. — Poesías. — Pensamientos íntimos. — Cabuly-baja; grabado. — El monumento de Mery; grabado. — La vigilancia materna delante del enemigo; grabado. — La Caridad. — Anécdota sobre Metastasio. — Estudio de un

pintor célebre; grabados. — Real Academia de Nobles Artes de San Fernando. — Debe y haber, novela escrita en alemán por Gustavo Freitag. — El monumento del poeta Vondel en Amsterdam; grabado.



ROMA. — Los prisioneros garibaldinos comiendo el rancho a su salida del fuerte del Santo Angel.

Sucesos de Italia.

Roma 26 de noviembre.

Los acontecimientos se precipitan. El regreso á Francia del cuerpo expedicionario ha comenzado ya: el movimiento de concentracion se ha operado á toda prisa de las provincias á Roma y de Roma á Civita-Vecchia.

Roma recobra pues su aspecto de costumbre. Los últimos prisioneros garibaldinos que estaban en el fuerte del Santo Angel han sido enviados á la frontera norte de los Estados Pontificios, y ahora solo se trata de la marcha de los regimientos franceses. No tengo tiempo mas que para enviar un dibujo que hago rápidamente y que representa el embarco de los primeros que regresan. El puerto de Civita-Vecchia presenta en el día una animacion extraordinaria.

En él se encuentran los buques franceses *l'Intrepide*, *l'Orénoque*, *le Canada*, *le Tarn*: los regimientos números 29 y 59 son los primeros que se embarcan. B.

Revista española.

El Argumento de un drama, comedia de Antonio Hurtado. — *Las Circunstancias*, comedia de Enrique Gaspar. — *El Bien tardío*, drama de Narciso Serra. — Una historia de amor y las novelas por entregas. — *El Testamento de 1867*, libro que ha nacido en un banquete. — Un nuevo Colon, empleado en Tarragona.

La animacion de los teatros es grande, las obras estrenadas buenas.

Antonio Hurtado ha presentado al público un drama bajo la forma de una comedia: este es el mayor elogio que puede hacerse de su última obra, que se titula *el Argumento de un drama*. Aquella es la vida, la verdad; pero la verdad y la vida como debe verla el poeta para mostrarla al público.

La originalidad del pensamiento, el interés de la accion y la belleza de la forma, son cualidades que desde el principio hasta el fin se disputan y alcanzan la admiracion del auditorio.

Es á la vez una leccion á todos los autores dramáticos, leccion generosa, puesto que indica dónde se halla la fuente de la verdadera inspiracion. Nada, en efecto, es tan dramático como lo que pasa en la vida.

Su comedia es una sonrisa que oculta una lágrima. La mejor prueba de la exactitud de mi apreciacion es pura y simplemente la exposicion de su argumento.

Dario es un jóven que ha consagrado su talento á la política y ha conseguido por este medio una brillante posicion.

Es diputado, tiene gran influencia con los ministros y ocupa un puesto importante en la mas distinguida sociedad madrileña.

Antes de llegar á tanta altura, ha amado á una mujer, ha pretendido su mano; pero se la negó su padre, y la separó de su lado para unirle con un general.

Dario no ha podido olvidar su amor; acaso impulsado por el desaire de que fué objeto, ha dado alas á su ambicion. Los triunfos que consigue en su carrera le abren los mas aristocráticos salones; encuentra en ellos á Clemencia, va á su casa y las emociones que recibe á cada instante avivan el mal apagado fuego de su corazon.

Para vencerse, busca el amor de una jóven angelical, que le corresponde, y emplea su influencia con el propósito de obtener para el esposo de Clemencia el cargo de segundo cabo de Filipinas.

De este modo, contrayendo deberes y alejando la causa de su inquietud, piensa recuperar la calma, y al comenzar la accion de la comedia lee la carta que se propone dirigir á la esposa del general, manifestándole los motivos que ha tenido para proporcionar el indicado empleo á su marido.

Como la ama, la carta le parece fria, vulgar, insensata, y la rompe. Su martirio no acaba, porque su anhelo es un amor que no puede alcanzar.

Vive en su compañía Rafael, íntimo amigo suyo, poeta por añadidura, que se queja de su suerte, y se muestra aburrido porque no encuentra un argumento para su drama.

— Llévame á la sociedad que frecuentas, dice á Dario; tal vez encuentre allí lo que busco.

Pero la sociedad sin que él se moleste en buscarla, va en su busca.

El cartero le ha dado una carta para Dario, se la entrega, y la inquietud del jóven diputado se aumenta, porque la carta es de Clemencia; en ella le dice que la espere en su casa, y no puede recibirla sin peligro, porque el día anterior ha llegado su prometida con su padre y viven en su compañía.

Al anuncio sigue Clemencia; Clemencia, que indignada al adivinar el misterio que encierra el nombramiento de su marido, va ofendida, si imprudente, á exigirle explicaciones. Dario se las dá, pero llegan su futura y su padre, y Clemencia tiene que ocultarse. Elisa, que es un ángel, habla de su amor, de sus proyectos, exige á su futuro marido que no trabaje mucho, y al revolverle los papeles de la mesa halla la carta de Clemencia.

Interroga á Dario, y este para salvarse del compro-

miso, dice que aquella carta es de Rafael, el poeta lo afirma y Elisa se convence, pero su padre duda.

Una nueva complicacion aumenta la ansiedad de Dario.

El general Vargas, el esposo de Clemencia, es primo de su padre político; don Pedro le ha anunciado su llegada y corre á abrazarle.

En tan crítica situacion, y al ver que, accediendo á los ruegos de Elisa y su padre, se queda el general á almorzar y manda llamar á su esposa, Rafael se propone salvar á su amigo, y obligando á Clemencia á que se coja de su brazo, sale con ella al mismo tiempo que se presenta Elisa. Dario consigue demostrarle su inocencia; pero tiene que sacrificar á Rafael, el cual se hace odioso á los ojos de Elisa.

El suceso se sabe y todos á una obligan á Dario á que se separe de su amigo; Elisa aprovecha una ocasion de indicárselo al mismo Rafael de un modo muy directo.

Pero Rafael quiere á Dario y se sacrifica gustoso en su obsequio.

Clemencia acude al llamamiento de su esposo; pero no puede disimular el pesar que la mata. Elisa le confía con adorable ingenuidad cuánto ama á Dario, y en una escena de un colorido admirable expresa con amarga ironía el desengaño que recibe. Las palabras de Elisa hieren profundamente su amor propio. Su único deseo es desde aquel momento partir para Filipinas.

Así las cosas llega Rafael, que ha visto á Clemencia al acompañarla, que ignora que es esposa del general, y que se figura al verla de nuevo que ha ido á buscar á Dario en un acceso de desesperacion.

Con este motivo da á entender en un cuento que refiere, que Clemencia ha ido á buscarle á él, y cuando comprende su torpeza es tarde.

Vargas cree que su esposa es culpable y que Rafael era su cómplice. Don Pedro averigua al mismo tiempo las relaciones que existen entre Clemencia y Dario. El general busca á este último y le acusa porque sabe lo que supone que existe entre su esposa y Rafael y se lo ha ocultado.

La situacion de Dario no puede ser mas terrible: el general sale en busca de Rafael, Elisa ha descubierto á medias el secreto de Clemencia, sabe que es criminal, pero ignora quién es su cómplice, todo se conjura contra él.

El general habla á Clemencia, la acusa, la acrimina, pero ella se defiende, porque, en efecto, su única culpa es un instante de imprudencia: ante la duda aprovecha el marido celoso la ocasion que se le presenta.

— Rafael viene; yo voy á oír lo que hablan ustedes.

Y se esconde; pero apenas llega Rafael, entra Dario, le anuncia que lea, para enterarse de lo que sucede, una carta que le ha enviado momentos antes, y acercándose á Clemencia descubre al general, sin saberlo, la verdadera culpa de su esposa.

Vargas los sorprende, hace justicia á su mujer, y perdona á Dario, accediendo á los ruegos de don Pedro, que invoca la felicidad de su hija.

El general se resuelve á partir á Filipinas, y Rafael, que llega acabando de leer la carta de su amigo, exclama:

— He hallado el argumento que buscaba; lo tenia á mi lado, y ni siquiera lo presentia.

Tal es la comedia de Hurtado, rica de colorido y de poesia; que abundan en ella los pensamientos delicados y profundos, que á cada instante sorprenden al espectador innumerables bellezas poéticas, es inútil decirlo; se dice con solo nombrar á su autor.

Poco despues se representó tambien en el teatro del Principe una comedia titulada *las Circunstancias*, que ha proporcionado á su autor, don Enrique Gaspar, un grande y legítimo triunfo.

El poeta festivo y ligero se ha presentado bajo la forma de un pensador profundo, de un autor dramático consumado.

El público, subyugado por la influencia de la verdad, experimenta un interés vivísimo, asiste á aquella anatomía del corazon humano dominado por el terror y la curiosidad, y esclavo del talento, prorrumpe en entusiastas aclamaciones y saluda con calurosos aplausos los toques magistrales de un pincel que da vida á la vida. Y sin embargo, esta obra que arrebató, mas que de la inspiracion, es en el desarrollo del pensamiento, hija de la reflexion, el poeta cede en ella su puesto al filósofo, el pintor al fotógrafo.

No parece el trabajo de un jóven, y de un jóven poeta: es mas bien el resumen de una larga y aprovechada experiencia, de un estudio detallado y microscópico de los mas recónditos pliegues del corazon humano.

Y sin embargo, qué efecto, qué emocion produce bajo la forma teatral aquella leccion moral psicológica que sin el auxilio del arte no solo no podria escribirse, sino que apenas podria concebirla la imaginacion.

Este es en mi concepto el mérito principal de la obra.

Los caracteres son vulgares, ó mejor dicho, están tomados de lo que se llama la generalidad; Miguel es un hombre como la mayor parte de los hombres, trabajador, de buenos sentimientos, y esencialmente débil para resistir el influjo del bien y del mal. Elvira es una mujer que nada tiene de extraordinario, su alma es el producto natural de la educacion que se da á las mujeres, de la atmósfera que respiran; la envidia le hace desear lo que no tiene, el lujo la seduce, es la Eva tentadora, la mujer medianía, lo que hay en ella de diabólico, de mefistofélico, es lo que constituye la influencia que ejerce el sexo débil sobre el fuerte; de Antonio hay infinitos ejemplares en el Casino, en los alrededores

de la calle de Sevilla, en los pueblos durante las ferias; el hombre abandonado, que vive del juego, que se distrae conspirando, que solo ve en la estafa la habilidad del que la ejecuta, que no ve en la honra manchada por el chiste mas que el chiste, y que sin embargo, ama á su hija, es amigo de sus amigos, y puede en un momento dar su último duro á un pobre que le conmueve, sin perjuicio de pedir otro para comer á algun amigo de crápula. Maria, su hija, tampoco sale de la esfera comun, es la niña que llora á su padre de todo corazon; pero ¿por qué se llora á un padre que no ha pensado en su porvenir, que sin obedecer á una causa extraordinaria, sin hacer un gran sacrificio, mas víctima de la ocasion que de la pasion, se ha dejado seducir? Luis, por último, que quiere sobornar al escribano para que le dé una carta que pueda comprometer la honra de su hermana y la de su familia, y que al mismo tiempo ha hollado la de Maria, es un tipo que se halla con mas frecuencia de lo que seria de desear, obedeciendo á la moda, perdiendo el tiempo en la ociosidad, arrojando coronas de laurel á las *écuyères* de los circos, y gozando mas durante los entreactos en el escenario del Real, bromeando con las bailarinas, que desde el palco ó la butaca cuando la orquesta y los artistas interpretan las creaciones de Bellini ó Donizetti.

Son pues todos caracteres comunes, caracteres adocados; pero son perfectos, y es una de las cualidades de la obra: ver con todos sus perfiles una figura que se destaca es fácil, la misma figura la inspiracion; pero hallar entre la multitud un carácter teatral y verdadero, esto requiere lo que no todos tienen, lo que es preciso reconocer en Enrique Gaspar.

La accion es lógica, dados los caracteres; pero tampoco tiene nada de extraordinario, y no lo tiene porque su autor no ha querido.

Todo obedece en la comedia al pensamiento capital, y el pensamiento, preciso es confesarlo, es lo único que revela la inspiracion. Inspiracion para concebir: reflexion para pintar; este es el sello de la obra.

Nada mas nuevo, ni mas importante, ni mas trascendental que el pensamiento; *las Circunstancias*, hé aquí una influencia, un poder que nos subyuga, sin que nos apercebamos, que halagándonos, nos esclaviza, que seduciéndonos nos conduce al abismo.

¿Quién no ha obedecido á la ley de las circunstancias, quién no ha cometido alguna mala accion por efecto de las circunstancias? Pocos, muy pocos son los que pueden arrojar la piedra, y Enrique Gaspar lo pone en relieve: al presentar con todo su colorido, al demostrar la trascendencia de este poder falaz, no solo ha hecho una gran comedia, sino que ha fijado la atencion de la muchedumbre en el grano imperceptible de arena que puede producir la ruina de la montaña, y ha cumplido la mas alta mision del escritor.

Las circunstancias, ha dicho, pueden ser una excusa para acallar la voz de la conciencia; pero los pecados que á la sombra de las circunstancias se cometen, no quedan nunca impunes: donde acaba la conciencia empieza la justicia de Dios. Para probar esta verdad eterna ha pedido á la verdad misma los elementos de conseguirlo, y ha hecho una obra maestra, un modelo acabado dentro de las condiciones de la escuela realista. Una ligera idea de la fábula bastará á demostrarlo.

Miguel es un notario: ha sido rico en su juventud; pero su padre ha perdido su fortuna y vive reducido á los modestos honorarios de su profesion. Tiene el sentimiento del bien, pero le falta fortaleza para resistir al mal. Su esposa desearia mejorar de posicion y le estimula á que se doblegue á las circunstancias, ó que haga lo que todo el mundo.

En esta escena les sorprende Antonio, su amigo íntimo, jugador, político ardiente y hombre completamente abandonado, se dispone á partir á Barcelona en busca de su hija Maria, que ha ido allí á reponerse, y confia á Miguel un paquete con documentos que, segun dice, puede comprometerle.

Le despide, y llega Luis, que es hermano de una señorita de la aristocracia, que ha dirigido una carta imprudente á un jóven que se ha suicidado, y llega con ánimo de sobornar á Miguel, el cual, como escribano de actuaciones, ha extendido la sumaria y tiene en su poder la carta en cuestion. De buenas á primeras le pide que se la entregue.

Miguel rechaza indignado su proposicion, Luis se aleja, y Elvira, censurando la conducta de su esposo, le culpa de haber desperdiciado una excelente ocasion de mejorar de fortuna.

Poco despues sale Miguel, llamado para actuar en un suceso lamentable que acaba de ocurrir, y al volver comunica á su esposa que su amigo Antonio ha muerto de repente en la calle, y que le han avisado para dar fe de tan sensible catástrofe.

Elvira expresa su sentimiento y consuela á su esposo con las mas sublimes vulgaridades; aquellos toques completan la figura.

A ruegos de ella, abre Miguel el paquete, y con asombro, temor, alegría y angustia, ve que contiene un millon en billetes de Banco. El primer pensamiento de Miguel es respetar lo que no le pertenece; pero Elvira invoca la influencia de las circunstancias: nadie sabe que es depositario de aquella fortuna; Antonio le ha dicho que hasta que vuelva no recogeria el paquete, y no puede volver: por otra parte, los amigos de Miguel medran ó le insultan, ofreciéndole una proteccion irrisoria: como viven en la modestia, los desprecian los que tienen mas que ellos; todo concurre á justificar á sus ojos la apropiacion de aquel dinero.

El mismo Miguel, cuando su esposa se retira para

disponerse á salir, reflexiona y procura convencerse de que no obra mal quedándose con los billetes.

— Si los guardo, exclama, ¿á quién tengo que dar cuenta de mi conducta?

— Adios, dice su esposa despidiéndose, y acaba el primer acto.

Este rasgo de genio es de un efecto inmenso: él solo bastaría para justificar la admiración que inspira el nombre de su autor.

La lucha continúa en el segundo: ¿la lucha he dicho? no; la disección. Allí el corazón humano se presenta tal cual es, no hay fibra que no se ponga en juego, no hay átomo que por sí solo no atraiga sobre sí todas las miradas. María, la pobre huérfana, se presenta á implorar el amparo de los amigos de su padre; ha quedado en la miseria y desea que se la proporcione trabajo. Miguel le brinda su casa, Elvira busca el medio de que no acepte este ofrecimiento, en su concepto demasiado costoso; pero la joven lo acepta con lágrimas de gratitud.

Vuelve Luis por la carta, resuelto aquella vez á pagarla mas cara; ofrécele por ella 14,000 duros; pero Miguel se muestra inflexible. Despues de enseñarle el expediente adonde está unida, lo deja en un estante y Luis concibe la idea de apoderarse de aquel documento, aunque por medio de un acto indigno de un hombre de bien.

Se retira, pero vuelve á poco, se encuentra solo en el despacho del notario, las circunstancias le favorecen; se apodera del expediente, al alejarse le sorprende María, los dos se reconocen: por efecto tambien de las circunstancias existe entre los dos un secreto vergonzoso. Luis huye, exigiendo á María que oculte lo que ha visto; ella resuelve alejarse para siempre de aquella casa que frecuenta su seductor.

Miguel acude, temeroso de que le hayan robado, busca en un estante dos legajos, en cada uno de los cuales ha ocultado 25,000 duros, no halla mas que uno, porque el otro se lo ha llevado Luis equivocadamente, llama á su esposa, le anuncia que le han robado, para evitar que el ladrón se aproveche de los billetes envían al Banco una nota de los números con que están marcados, procuran inquirir quién habrá sido el ladrón, Elvira ve en el suelo un pañuelo de María, sospecha en ella, Miguel rechaza esta suposición; pero la joven llega y anuncia su formal resolución de partir. Esta resolución confirma la creencia de Elvira, suspende el juicio de Miguel; la primera no puede contenerse y la acusa.

— ¡Yo! exclama María, ¡yo haber robado á ustedes!

— ¡Ah! Vds. son los que me han robado á mí.

Estas palabras les hace pensar que han sido descubiertos; Miguel se resuelve á confesar la verdad, á entregarle el dinero; Elvira le detiene.

— Explica esas palabras, dice á la joven... ¿Qué es lo que te hemos robado?

— El honor.

— ¡Ah! exclama Miguel cerrando el cajón y cambiando de idea ¡eso ya es otra cosa!

Otro rasgo felicísimo y de una verdad desconsoladora.

El tercer acto es el mas débil por su contestura; María ha partido, Luis vuelve á buscar la carta llamado por Miguel, el negocio de compra y venta queda arreglado entre los dos; pero la carta ha sido inutilizada sin querer por Elvira; Miguel se lo dice á Luis, y este haciendo justa desconfianza del hombre que se vende, se niega á darle el precio convenido.

A este castigo sigue otro mas tremendo: la nota que Miguel ha enviado al Banco ha servido para descubrir que los billetes son producto de una falsificación, y como es natural, la justicia va á prenderle. Antes de partir escribe una carta á su esposa; Elvira le sorprende, y al terminar la comedia sabe el público que Miguel va á sufrir en un presidio el castigo que merece su debilidad de carácter.

En el teatro de la Zarzuela se han estrenado dos obras en un acto, las dos del simpático y distinguido poeta Narciso Serra.

La primera es un drama, *el Bien tardío*, segunda parte de *el Loco de la guardilla*.

Es un cuadro que admira y que enterece.

Cervantes está al borde de la tumba, pero algunos momentos le separan de la eternidad, y aunque la sed de la hidropesía que padece le devora, aunque su esposa yace enferma al lado suyo, aunque la pobreza y el abandono en que viven aumentan su padecimiento, dos alegrías, pero dos alegrías tristes, si así puede decirse, preceden á su fin.

Quevedo, el gran Quevedo, joven aun, pero dando á entender lo que ha de ser, admirador entusiasta de Cervantes para llegar á su presencia, para captarse su amistad, finge amores sin conocerla, á su cuñada Magdalena, pero no tarda en descubrir la verdad, va á verle porque le admira, porque desea su afecto y sus consejos.

La escena entre aquellos dos genios, el que nace y el que muere, es bellísima.

Cervantes habla con el lenguaje de la amargura, y al mismo tiempo de la piedad.

Evoca Quevedo el recuerdo de su gloria, y el inmortal autor del *Quijote*, exclama:

« La gloria, ¿y despues de muerto
De qué me sirve la gloria?
Aquí para entre los dos,
La de la tierra se gasta
Y al que está muerto, le basta
Con la gloria que da Dios.

¿Qué se me da á mí si aquí
Sufro pena verdadera,
El que en la edad venidera,
Se hagan lenguas de mí?
Mi cuerpo no sentirá
Nada, descansará en calma,
Pero mi alma... mi alma,
¿Qué pensará, qué ganará
Con una disertación
Que produce un hombre frío,
Diciendo en elogio mío
En lugar de una oración?
En la tierra, bien está
Mientras se vive, presumo
Que la humana gloria es humo
Y se evapora y se va. »

Pero en este montón de cenizas queda todavía una chispa de fuego; y cuando Quevedo le dice que es poeta, él responde:

« ; Poeta
Sois! Si lo sois en verdad
No hay mayor felicidad,
No hay ventura mas completa,
Como la de hacer sentir
Lo que se siente, y pensar
Lo que se piensa, y llorar
O si se quiere reír.
¡Oh! yo ni por soñación
Lo soy; ¡ojalá lo fuera!
Esta envidia no sintiera
Por todos los que lo son. »

Quevedo, entusiasmado, ofrécele volver en breve á leerle algunos capítulos de *los Sueños del caballero Tenaza*. Cuando vuelve es ya tarde.

Cervantes, despues de una entrevista con la madre de su hija Isabel, en la que le refiere la historia de los amores desgraciados de la infeliz con don Gaspar de Ezpeleta, se siente desfallecer.

Cuando poco despues vienen á anunciarle que por mediación del conde de Lemus ha sido nombrado para un gobierno en Indias, la emoción que recibe acelera su muerte.

El momento no puede ser mas sublime: el pensamiento de la obra no puede ser mas bello, mas elocuente. El poderoso genio se extingue en la miseria, y cuando su época se apiada de él, es tarde.

Serra, impregnado de una dulce melancolía su cuadro, ha logrado despertar en el público hácia el genio desventurado una tiernísima admiración.

Los aplausos del público han sido á un mismo tiempo un tributo á la memoria de Cervantes, y premio al que tan bien ha sabido retratar al Manco de Lepanto y á Quevedo...

La otra obra es un pasillo cómico titulado *A la puerta de un cuartel*.

Es un lindo cuadro de costumbres.

Abandonemos los teatros por el mundo para distraer mas agradablemente á mis lectores.

Los periódicos se han desatado estos dias contra las pobres, humildes y ya asendeadas entregas que sirven á los editores para hacer la propaganda de sus novelas ilustradas.

Y sin embargo, sirven para algo mas que para enriquecer á los libreros y dar celebridad á los autores entre los honrados y angelicales tenderos de comestibles.

Voy á probarlo contando á mis lectores la pintoresca historia de unos amores que han debido su triunfo á las entregas.

Tengan Vds. la bondad de escuchar.

Vive en Madrid un caballero muy rico, viudo y con dos hijas, la mayor de veinte años, la menor de diez y ocho.

Las dos son bellas, pero muy poco conocidas, porque su padre, hombre de mundo, sabe de sobra que no es bailando y cantando arias en los salones como se encuentran maridos de la sublime institución del matrimonio.

Han vivido encerradas, se han educado en el silencio del hogar, y por eso parecen flores de invernadero.

La menor, á la que llamaremos Blanca, inspiró hará cosa de dos meses un amor veheméntísimo á un joven muy honrado, de mucho corazón y poseedor de una regular fortuna.

La casualidad quiso que la viera en casa de una parienta de las jóvenes una tarde que habia ido á acompañarla, y tanto le prendó que se valió de toda su habilidad para pedir datos de Blanca á aquella señora.

Despues de hacer su elogio, añadió:

— Su padre, por lo visto, las educa para monjas: si salen á paseo, van donde no hay un alma, oyen misa de ocho, no asisten al teatro, no saben todavía lo que es un baile.

Todo esto constituye la felicidad de ciertos hombres. El joven averiguó las señas de la casa de Blanca y exploró el terreno.

Su casa parecia una fortaleza. Los criados eran incorruptibles, y no habia medio, no ya de hablarla, pero ni tan siquiera de hacer llegar á sus manos un papel.

La casualidad volvió á favorecerle: un dia la halló en la calle con su hermana y su aya. Las siguió y las vió entrar en casa de su amiga.

Entró á su vez, y aprovechando un momento: — Hágame Vd. el favor, señorita, le dijo, de coger mañana, antes que nadie, la primera entrega de una novela que entrará en su casa de Vd. por debajo de la puerta.

Al dia siguiente halló Blanca la primera entrega de *los Hambrientos*.

Dentro de ella habia una carta. Era la declaración. Llena de miedo guardó el papel... para leer su contenido á solas, y tuvo buen cuidado al dia siguiente de que nadie en la casa cogiera antes que ella las primeras entregas.

Otra segunda primera entrega de *los Hambrientos* cayó en sus manos. La carta que encubria pedia una respuesta.

« Mañana irá el repartidor á buscarla; dentro espero una carta de Vd. » le decia.

La niña contestó, y contestó de tal manera, que el enamorado doncel se creyó el mas feliz de los hombres.

A las primeras entregas de *los Hambrientos* siguieron las de la *Biblia de las mujeres*, á estas las de *Abelardo y Eloisa* y el *Tribunal de la sangre*.

La casa parecia un jubileo.

— ¡Tilin... tilin!

— ¿Qué quiere Vd.?

— La entrega.

— Yo no sé dónde está.

— Búsquela usted.

— No tengo mas que hacer... ¿para qué la ha echado usted?

— Pues lo que es yo no me voy sin ella.

— Señorita, ¿ha visto Vd. una entrega?

— Aquí está, decia Blanca entregándosela al repartidor.

El papá llegó á enfadarse, y un dia salió él á recibir al repartidor.

— Como vuelva Vd. á llamar á la puerta, le dijo, va usted á rodar las escaleras. Aquí no queremos suscribirse á nada, ¿lo oye usted?

— Bien está, pero que me den las entregas que traje ayer.

— A ver, á buscarlas.

— No parecen, señor.

— Pues lo que es yo las he metido por debajo de la puerta.

— Mi hermana las tenia anoche.

— ¡Blanca!

— Papá.

— ¿Tienes tú unas entregas?

— Creo que sí.

— ¿No digo? prívase Vd. de comprar libros, aleje usted de sus hijas las lecturas nocivas, estos pícaros las introducen por debajo de la puerta, y adios obras de tantos años. Trae pronto esas entregas.

— Aquí están.

— Tenga Vd. y váyase con dos mil de á caballo.

— Ya era tarde.

La niña estaba enamorada, y con la primera entrega de *las Arrepentidas* envió á su galán una carta en que le decia:

« Estoy resuelta á todo: mi padre no accederá nunca á nuestra union, pero yo te seguiré á todas partes, yo seré tu esposa, porque sé que mi única felicidad es amarte. »

Las primeras entregas habian surtido su efecto.

Un dia se presentó el joven á pedir al papá la mano de Blanca.

— ¡Pero si Vd. no la conoce! le dijo.

— Estoy seguro de que me ama.

— Pues yo estoy seguro de que no será su esposa de usted.

— Eso es una negativa.

— De las mas rotundas.

— Está bien.

Pocas horas despues entró por debajo de la puerta la primera entrega del *Cuarto mandamiento*.

La criada la vió.

— Señorito, otra entrega, dijo á su amo, entrando en su despacho.

— Esta no se devuelve.

— ¿Qué hago con ella?

— Venga... la consumirá el fuego.

Al arrojarla á la chimenea, cayó al suelo una carta. Era para Blanca.

Su indignación no tuvo límites al leer en ella:

« Tu padre me ha negado tu mano, confío en tí, y mañana irá á sacarte depositada. »

Lo que pasó, fácilmente se adivina.

Consultada la niña, declaró la verdad, y ante el temor del escándalo y la seguridad de que el pretendiente era digno de ella... llamó á la criada.

— ¿Qué quiere Vd., señorito?

— Cuando venga el repartidor mañana, avíseme usted.

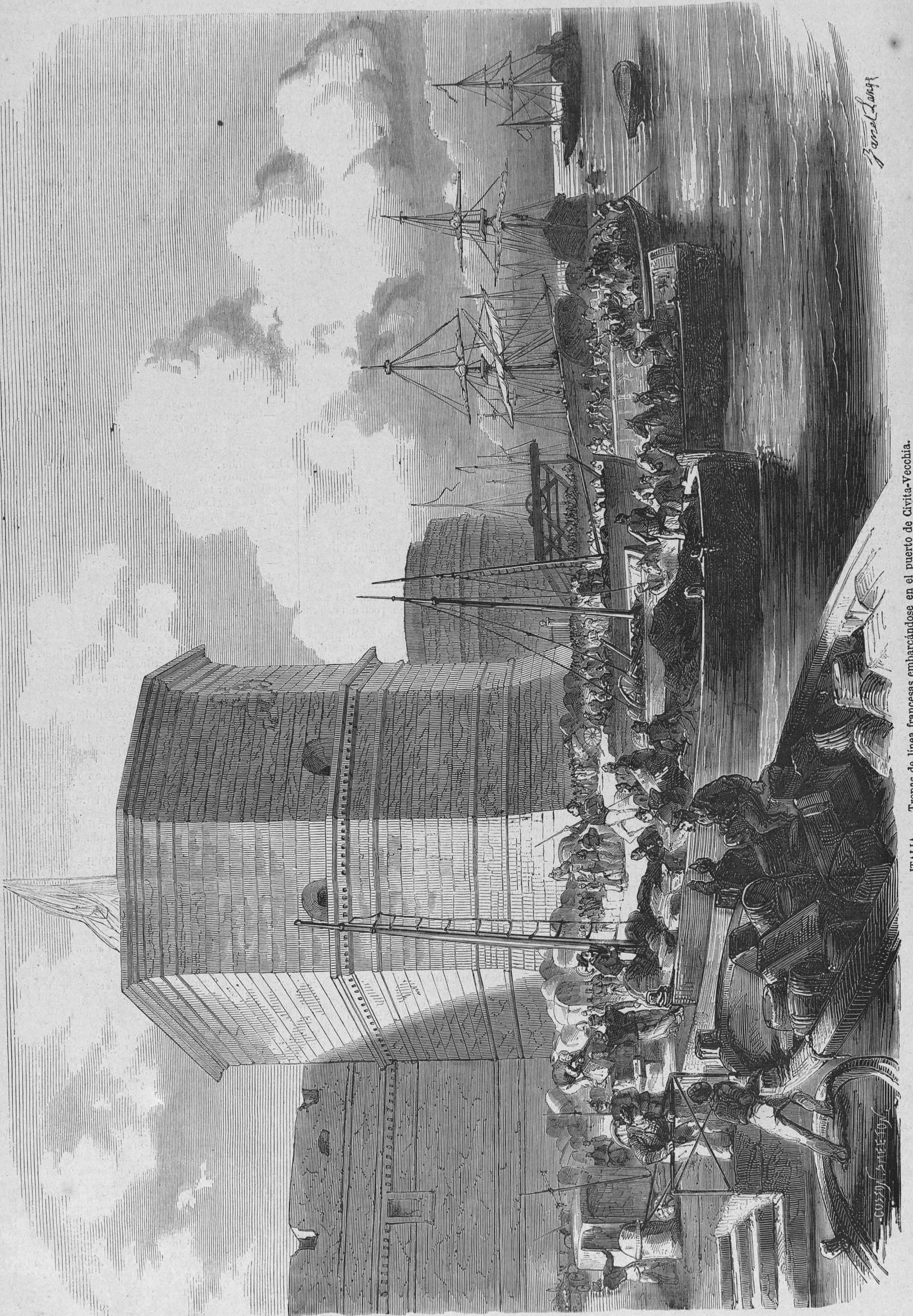
Así lo hizo, y con la entrega recibió el pretendiente una carta del papá accediendo á sus deseos.

La boda de Blanca se ha verificado; pero como aun queda en la casa una joven casadera, el escamado papá ha mandado añadir unos listones á la puerta, y ya no entra por ella ni aun el aire.

La hermana de Blanca se contenta con suspirar cuando ve á través de los cristales de su balcon pasar á los repartidores de entregas.

Hablemos de otra cosa.

Noches pasadas estaban reunidos en un café varios escritores jóvenes.



ITALIA. — Tropas de linea francesas embarcándose en el puerto de Civita-Vecchia.

Goussier del.

Goussier del.



EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867.

La pintura de vidrieras. — Entrada de Luis XI en Tolosa en 1462.

— Se me ocurre una idea, dijo uno de ellos.
 — ¿Cuál?
 — Hacer el *Testamento del año 1867*.
 — Si aun no ha muerto.
 — Por eso: para testar es preciso vivir. ¿Qué os parece la idea?
 — Excelente.
 — ¿Y realizable?
 — En reales de vellón.
 — Pues manos á la obra.
 — Idea por idea, yo opino, exclamó uno, que el plan del testamento debe arreglarse en un banquete.
 — Sublime, ¿y dónde?
 — En la *Fonda Española*; estrenaremos los elegantes comedores y el café de la plaza del Callao.
 — La comida ha de ser literaria, ó lo que es lo mismo, modesta.
 — Aprobado.

Uno de los presentes, aragonés por mas señas, se encargó del *menu*, y dos dias despues se reunian doce esperanzas realizadas en gran parte en la fonda Española. Es de presumir que la comida fué suculenta y los vinos honrados, porque el programa del libro próximo á ver la luz es digno de un festin de Cleopatra.

Y si no, prueba al canto. Una *sinfonía* sobre motivos de cuanto notable haya pasado en el año, una revista política europea en prosa y verso; otra teatral que hará reír y llorar; otra de los *espectáculos de menor cuantía*, como toros, circos ecuestres, monos sabios, monumentos de mimbre, calés-teatros, etc.; otra artística, otra bibliográfica, otra de salones, gabinetes y cocinas, otra comercial en verso, otra, no me atrevo á decirlo, de belenes; una estadística humorística del año, dos docenas de anécdotas chispeantes, y una hecatombe de semblanzas sin nombre, como diría un poeta amigo mio.

Los periódicos que han dado cuenta del banquete y de su objeto, dicen que los cómplices comieron bien, bebieron exquisito champagne y fumaron riquísimos habanos de la calle de Sevilla.

Si con todos estos elementos el *Testamento* no hace felices á los lectores, será por culpa de los... escribanos.

Voy á concluir con la noticia que ha recibido uno de estos dias un conocido mio de un amigo suyo, jóven empleado, que desde Tarragona le comunicaba sus impresiones.

«Paseándome por la ciudad, dice, he descubierto que es puerto de mar.»

¡Este descubrimiento ha dejado tamañito al de Colon! Aun hay empleados de provecho.

JULIO NOMBELA.

Madrid 30 de noviembre de 1867.

Exposicion universal de 1867.

LA PINTURA DE VIDRIERAS.

La magnífica vidriera, principal pieza de la exposicion de M. Gesta, que reproducimos, representa la entrada de Luis XI en Tolosa en 1462. El rey, que tenia entonces treinta y ocho años, volvia de una conferencia que habia celebrado con Juan de Castilla en la frontera de Navarra. Era el 25 del mes de mayo. Los concejales habian mandado levantar un altar en el que habia un misal abierto en el sitio del *Te igitur*. La puerta Muret estaba llena de pueblo. Habiendo llegado el rey á esta puerta los concejales asistidos por el síndico de la ciudad le felicitaron y le suplicaron que, á ejemplo de sus predecesores, prestase juramento de guardar las costumbres, franquicias y privilegios de la ciudad y condado de Tolosa. El rey despues de responder que con mucho gusto, se apeó del caballo, se arrodilló al pié del altar y habiéndose quitado los guantes y puesto entrambas manos sobre el *Te igitur*, prestó el juramento. Luego se levantó, despues de haber besado el crucifijo.

Los concejales le ofrecieron las llaves de la ciudad que él tomó y entregó seguidamente á Aftorg, concejal de espada, diciéndole:

— Os las encargamos, guardadlas.

Fácil es ver que el artista ha reunido en esta obra todos los recursos de la ciencia moderna á los procedimientos antiguos. Los señores que rodean al rey, el arzobispo que recibe el juramento, la reina Carlota de Saboya, la escolta al pié de las murallas, el pueblo que sale de la ciudad aclamando al soberano forman un conjunto de un aspecto imponente.

M. Gesta, ateniéndose al arte moderno y libertándose del estilo de los antiguos pintores de vidrieras, ha sabido, como se hacia en los siglos XII y XIII, multiplicar los plomos, y desarrollar para sus fondos mosaicos de fragmentos de brillantes colores. Los esmaltes traslúcidos, que maneja con extraordinaria habilidad, animan sus escenas. Todas sus figuras y sus paños están trazados con gran talento, así como demuestra una gran riqueza de imaginación el ornato de sus marcos. El artista no ha tomado de la infancia del arte esas figuras incorrectas, sin movimiento y sin anatomía que se obstinan á copiar otros pintores. Aunque respetando las sanas tradiciones ha dado un gran paso hácia el progreso; en una palabra, ha querido ser un artista de su siglo.

E. DE H.

Revista de Paris.

Hé aquí otra semana en que las cosas políticas se imponen del modo mas exclusivo á la atención pública. M. Thiers es el héroe del dia. Su discurso sobre los asuntos de Roma, que ha dado por consecuencia las categóricas declaraciones del ministro M. Rouher en favor del poder pontificio, es el blanco de las discusiones de la prensa y el tema favorito de las conversaciones de los parisienses. Como de costumbre, la crónica, dejando aparte la cuestion principal que no la corresponde, aprovecha la ocasion para revelarnos ciertas particularidades sobre el hombre de Estado que cada vez que toma la palabra produce en Francia una sensación semejante. Con este motivo sabemos, por ejemplo, que M. Thiers no se acostó en la noche del dia que pronunció su famoso discurso que, entre paréntesis sea dicho, verán nuestros lectores en la Parte Política del *Correo*; sino que permaneció hasta las cinco y cuarto de la madrugada en la imprenta del diario oficial corrigiendo sus pruebas.

Despues de esto, sabemos igualmente que el célebre hombre político, no obstante sus setenta y tres años, se levanta en todas las estaciones á las cinco de la mañana y á las seis se instala en su gabinete de trabajo, una magnífica galería adornada de cuadros y objetos de arte, que son otras tantas preciosidades, de libros selectos, entre los cuales se cuentan rarísimas ediciones. A las nueve recibe algunas visitas, y á las dos de la tarde sale de su casa, y cuando no tiene que ir á la Cámara se entretiene en ir á ver á amigos íntimos ó en buscar curiosidades. Come entre seis y siete, despues de haber dormido un rato y todas las noches recibe, excepto aquellas en que va á la ópera.

Su salon es como si dijéramos una antesala de la Cámara. Allí entre sus amigos políticos, M. Thiers prepara esos discursos memorables, y todo el mundo admira su privilegiada y activa inteligencia en la avanzada edad á que ha llegado.

¿Será cierta la teoría de M. Flourens sobre la longevidad humana? M. Flourens ha escrito un libro que ha tenido fama, para demostrar que el hombre mas endeble si sabe aplicar ciertos cuidados á su salud puede vivir un siglo por lo menos.

Desgraciadamente el autor de esta teoría ha muerto la semana anterior en su casa de campo de Montgeron, cuando solo tenia setenta y seis años, y así es que no ha logrado que su persona sirva de prueba al sistema que aconsejaba á todos los mortales.

De todos modos M. Thiers parece el tipo de los hombres citados por M. Flourens, esto es, de los hombres que el vulgo llama ancianos y que, segun él, rebosan todavía fuerza viril, y no dice juventud porque no se atreve á tanto.

Es digno de darse á conocer este nuevo sistema de clasificación de los hombres de todas edades.

«La vida del hombre, dice M. Flourens, se divide en dos mitades casi iguales, una de crecimiento y otra de decrecencia; cada una de estas dos mitades se subdivide en otras dos, y de aquí las cuatro edades de la vida que se llaman *infancia, juventud, edad viril y vejez*.

» Finalmente, cada una de estas edades se divide aun en dos edades, lo que quiere decir que hay una primera y una segunda infancia, una primera y una segunda juventud, una primera y una segunda edad viril, y una primera y una última vejez.

» No es fácil determinar la duración precisa de cada una de estas edades; mas sin embargo, yo propongo las duraciones siguientes:

» Primera infancia, del nacimiento á los diez años, es la infancia propiamente dicha, y segunda de diez á veinte años, es la adolescencia. — Primera juventud, de veinte á treinta, y segunda de treinta á cuarenta. — Primera edad viril, de cuarenta á cincuenta y cinco, y segunda de cincuenta y cinco á setenta. La edad viril en su conjunto, es la época fuerte, y como lo expresa tan bien la palabra, la época *viril* de la vida del hombre. A setenta años comienza la primera vejez que se extiende hasta ochenta y cinco años, y á ochenta y cinco años comienza la segunda y última vejez.»

El que escribía en 1854 esta clasificación que llenó de júbilo á los mozos de cuarenta años y á los hombres viriles de sesenta y pico, era un hombre de saber, muy conocido por sus trabajos científicos, un miembro de la Academia francesa, secretario perpétuo de la Academia de Ciencias, y gozaba por tantos conceptos de tal autoridad, que nadie contradujo sus aseveraciones, las cuales alcanzaron una popularidad que dura todavía.

El libro á decir verdad, es curiosísimo.

Abrámosle en el capítulo en que M. Flourens canta las alabanzas de la ancianidad:

«Se dice contra los ancianos, escribe M. Flourens, que pierden hasta el gusto de las ocupaciones que eran antes el encanto de su vida: nada mas falso. M. Réveillé-Parise responde á esto con el ejemplo de Duverney, el famoso anatomista del Jardín Real. «A ochenta años, dice Fontenelle, » recobró fuerzas y juventud para volver á nuestras asambleas, donde habló con toda la energía que se le conoció » en otro tiempo y que ya nadie esperaba en él. Una gran » pasión es una especie de alma inmortal á su modo y casi » independiente de los órganos.»

» Se dice contra los ancianos que no piensan mas que en el momento actual que son egoístas, indiferentes á todo

lo que viene detrás, y sin embargo, ¡cuántos de ellos plantan el árbol que ha de dar sombra á las generaciones futuras!»

Luego M. Flourens combate el cargo de que los ancianos carecen de imaginación, y sobre esto cita versos de Voltaire y de la Fontaine, escritos á setenta y ocho y setenta y tres años.

«Quizás me replicarán, añade M. Flourens, diciéndome que mis citas son excepciones; pero no es verdad, pues no son excepciones, sino revelaciones. Lo que aquí forma excepción es el talento, ese gran revelador de las fuerzas secretas y de los tesoros ocultos del entendimiento humano.»

Esta clasificación de M. Flourens no tuvo contradictores, como ya hemos dicho, pero sí comentadores, y llegó á desfigurarse tanto, que en la última edición de la obra publicada en 1860, el autor defiende su integridad en los siguientes términos:

«Han falseado todas mis ideas sobre el límite natural de las diferentes edades de la vida. Una literatura frívola, con el fin de hacer interesantes á sus héroes, ha imaginado anticipar las pasiones á las edades, de cuyo modo han precipitado el curso de la vida, dando á la adolescencia las pasiones de la juventud, y á la juventud las de la edad viril. De aquí proceden todos esos mozalbetes de quince á veinte años, que están privados del mas dulce privilegio de su edad, la tranquilidad de alma; todos esos hombres viriles de treinta años que no supieron ser jóvenes, y todos esos viejos de cincuenta que no serán jamás hombres viriles.»

Nada mas cierto. Estos tipos pululan en Paris, sirviendo de modelos para los figurines de modas.

Haciendo abstracción ya de esta obra sobre la longevidad humana, que ha popularizado el nombre de Flourens, diremos que sus doctos trabajos sobre distintos ramos de la ciencia habian ilustrado altamente su nombre, así como la afabilidad de su carácter le habia granjeado muchos amigos.

Así en sus funerales se ha visto un crecido número de personajes pertenecientes á los círculos científicos y literarios. El Instituto habia enviado una diputación considerable, en la que figuraban M. E. de Beaumont, M. Crevreul, etc. M. Patin representaba á la Academia francesa, y finalmente, el Instituto, el Jardín de Plantas, el Colegio de Francia, la Sorbona y todas las altas Escuelas de Paris se hallaban representadas por muchos profesores, alumnos y empleados. El ejército hacia los honores al difunto, que era comendador de la Legion de Honor.

La iglesia de Saint-Medard era demasiado pequeña para tanta gente.

Concluido el servicio fúnebre, la comitiva se puso en camino para el cementerio del P. Lachaise, donde pronunciaron dos discursos, el uno M. Chevreul, en nombre de la Academia de Ciencias, y el otro M. Patin, en nombre de la Academia francesa.

Entre tanto Paris se dispone para la gran solemnidad del dia de Año nuevo. Los aguinaldos tradicionales no perdonan, sean cuales fueren las circunstancias especiales en que se puedan hallar los bolsillos parisienses. Este año es un quejido unánime contra los estragos producidos por la Exposición universal, la carestía de víveres y de habitaciones, los gastos imprevistos, que si en los tiempos normales componen en Paris un capítulo de tanta importancia, en los excepcionales como los del verano último, han alcanzado un total extraordinario.

Luego hay el invierno que se anuncia terrible como nunca. Ya hemos tenido 10 grados bajo cero. Todo el mundo dice que desde hace años el invierno no se habia mostrado en Francia tan precoz, y sobre todo tan rigoroso. La única ventaja es que no faltará hielo el verano próximo para hacer sorbetes. Ya en los lagos del bosque de Boulogne se están preparando para recoger la provision que necesita el inmenso depósito establecido allí cerca por la villa de Paris, y que puede contener hasta la enorme cantidad de diez millones de kilogramos de hielo.

Finalmente, los temores de guerra mas ó menos inmediata acaban de anublar el horizonte. Todos los años el dia de Año nuevo sale á la luz pública un nuevo juguete, que á poco que guste á la gente hace la fortuna de su inventor; y esta vez parece que tendremos un fusil Chassepot, cuyo precio estará al alcance de las bolsas mas humildes. Desde luego le auguramos un gran éxito, á juzgar por lo mucho que ocupan actualmente á todo el mundo los instrumentos de guerra.

Raro es en efecto, abrir un periódico sin hallar la noticia de algun nuevo aparato de destruccion que aventaja en lo maravilloso á todo lo conocido.

Ejemplo: estos últimos dias se ha señalado la existencia de un nuevo cañon inventado por un M. Noel, que da, segun el inventor, resultados prodigiosos.

Es una piececita de cobre de 70 á 80 centímetros de larga, montada sobre una cureña ordinaria, y que se carga con una facilidad sorprendente. Su fabricacion es sumamente esmerada en todos sus detalles: las partes movibles tienen su punto de contacto en acero fundido y juegan admirablemente.

El inventor siente no poder dar por ahora una descripción circunstanciada de las partes que componen su precioso cañon, y se limita á indicar de este modo las diferentes cualidades que le recomiendan.

El cañon se carga por la culata, ya con bala, ya con metralla, ó á la vez con bala y metralla.

Alcanza á unos dos mil metros, siendo de advertir que su alcance justo no se podrá saber hasta que esté rayado.

No se calienta nunca con los disparos,

Una vez hecha la puntería se pueden tirar al mismo blanco cuantos tiros se juzgue conveniente, sin que después de cada descarga necesite el artillero apuntar nuevamente, pues la detonación no determina ni un retroceso, ni siquiera una simple vibración, y esta completa inmovilidad hace que los proyectiles que despide el arma, aislada y colectivamente, van todos á pegar en el mismo punto, sin variación ninguna.

El hombre menos ejercitado, aun cuando en su vida haya tocado á un arma de fuego, puede después de haber visto la pieza, disparar de veinte y cuatro á treinta tiros por minuto y lanzar cuarenta y ocho ó sesenta proyectiles, lo que forma por hora un total de 3,600 balas.

Con dos hombres hay bastante para llevar y maniobrar la pieza, estando en campaña.

Por último, cada carga, pólvora y proyectil, no cuesta actualmente más de medio franco al inventor, y este asegura que le saldría por la mitad al Estado.

El inventor debe uno de estos días someter al ministro de la Guerra su prodigioso cañón, dando cuenta á la par de los resultados que con él se obtienen.

Hé ahí una muestra de las noticias que mejor se armonizan en la actualidad con las preocupaciones del espíritu público.

Pasemos á los teatros.

En el del Gimnasio se ha estrenado una comedia en cuatro actos de M. Ernesto Legouvé, titulada *Miss Susana*, que ha obtenido y merecidamente, un excelente éxito.

La señorita Susana es hija de un artista francés cargado de familia, y que tiene en los Estados Unidos una anciana parienta á quien confió la educación de la niña.

La joven aparece ya de regreso en París con todas las maneras de una americana, es decir, gobernándose á sí misma, saliendo sola de casa y haciendo alarde de todas las excentricidades que se atribuyen á la mujer en la sociedad yankee.

El padre se extasia al ver á su hija que le representa tan al vivo una civilización y unas costumbres tan distintas de las nuestras y que él admira tanto.

Ahora bien, como en Francia un carácter así se presta tan fácilmente á ciertas interpretaciones, una condesa de Brignolles que quiere librar á su hijo de las garras de una cortesana, piensa que miss Susana podrá ser la nueva atracción que opere el milagro.

Efectivamente, Pablo de Brignolles no tarda en enamorarse de la hija del artista, mas descubriendo esta la verdad del caso, exige explicaciones al galán y le obliga á comprometerse formalmente.

Pablo de Brignolles pide á su madre permiso para casarse con miss Susana.

La condesa al oír esta petición se queda atónita y luego se desespera. ¿Con que ha salvado á su hijo por una parte para verle caer por otra, formando una alianza que destruye sus ambiciones aristocráticas?

Y no hay remedio, así sucede, no obstante todas las réplicas y todas las amenazas; la hija del modesto artista se casa con el hijo de la encumbrada señora.

Este ligero análisis en el que no figuran los personajes episódicos que completan la intriga del drama, dará á conocer no obstante, cuál es el mérito y cuál es el defecto de la nueva producción estrenada en el Gimnasio.

El mérito está en el carácter de la protagonista, que es una novedad en el teatro y que como tal se aplaude con justicia; el defecto se halla en el personaje de la condesa que es de una odiosidad inculcable.

No olvidemos decir que la actriz Pierson ejecuta con un admirable talento el singularísimo papel de miss Susana.

En el teatro de la Gaité se está dando un arreglo del drama de Shakspeare *Hamlet, príncipe de Dinamarca*, debido á Alejandro Dumas y P. Meurice. El gran teatro de Shakspeare soporta difícilmente su introducción en Francia, y sin duda por esto hay escritores que no temen desfigurarlo á su modo las producciones de tan colosal dramaturgo. Esta vez se ha cambiado nada menos que el desenlace, y Alejandro Dumas, aunque haciendo mil protestas de respeto por el autor inglés, ha explicado largamente en una carta impresa en los periódicos, que el fin que él ha dado á la obra es mas lógico y natural que el de Shakspeare.

Pase su pretensión sin comentarios.

Lo cierto es que el *Hamlet* no ha tenido una acogida entusiasta. Sin embargo, las representaciones continúan, gracias principalmente á madama Judith, que hace de príncipe de Dinamarca con una inteligencia incontestable.

Por último, para que nada falte en el arreglo singular de esta obra maestra de la literatura dramática, M. Joncieres ha escrito distintas piezas de música que se adaptan á ciertas situaciones, ni mas ni menos que en el mas vulgar melodrama.

Entre las funciones dadas últimamente en el teatro Italiano debemos señalar especialmente la *Linda di Chamounix* que, desempeñada por la Patti, ha sido tan celebrada este año como en las temporadas precedentes. Aquí la Patti se muestra consumada actriz y comunica al público sus emociones. Es imposible pintar mejor el extravío de la pasión, el dolor intenso que devora su alma. En cuanto al canto, no señalaremos ninguna pieza, pues todas ellas las dice con su maestría incomparable.

Noches antes habia obtenido una ovación en la lección de canto del *Barbero*, con una melodía francesa titulada *Je n'ose pas*, escrita por la baronesa Willy de Rothschild y con

la *Calesera* de nuestro malogrado compatriota Iradier: jamás se han visto tantas flores en el escenario.

Para concluir diremos que M. Bagier nos anuncia la próxima salida en *Lucrezia Borgia* de un baritono llamado Steller, no conocido en París y que disfruta en el extranjero de una gran fama.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

LAS CAMPANAS DEL CONVENTO.

I.

Era la niña muy bella,
Era el militar apuesto;
Morena de negros ojos,
El, de semblante moreno.
Cruzáronse sus miradas
Y en una se confundieron,
Cuando tocaban á misa
Las campanas del convento.

II.

La niña se ha vuelto pálida;
Vagan sus ojos inciertos;
Su corazón la parece
Que quiere rasgar el pecho.
Ya no la rondan la calle,
Ni la siguen en paseo,
Y tiembla cuando repican
Las campanas del convento.

III.

« ¡Qué hermosa está la novicia! »
Dice mirándola el pueblo:
El obispo la bendice,
Suspiran mozos y viejos.
Ya del velo la despojan,
Ya la cortan el cabello,
Y con su clamor lo anuncian
Las campanas del convento.

IV.

Un militar se detiene
Junto al pórtico del templo:
Dobla la frente y suspira
Abrumado de recuerdos.
Se oye un cántico en el coro,
Resuena el órgano dentro,
Y tocan, tocan á fiesta
Las campanas del convento.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON.

LA HOJA SEGA.]

¿A dónde vas, pobre hoja,
Que entre el polvo te pierdes?
¿A dónde, presurosa, vas volando,
Que te quejas así con voz doliente?

Ayer, adorno fuiste
De bella rosa, alegre,
Que ya marchita inclina su corola
Al viento que las flores estremece.

Ayer tus puras tintas
Pintaba el sol naciente;
Mil perlas sobre tí vertió el rocío;
Aromas mil te dió la brisa leve.

Pétalo ayer brillante
Y hoy del viento juguete,
Seguirte triste quiero con mis ojos,
Y entre nubes de polvo desapareces.

Así las esperanzas
Que mi corazón pierde,
Eran de rosa ayer; color de vida!
Pero hoy, ya negras, son; color de muerte!

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

Pensamientos íntimos.

— Las celebridades son la perdición de mucha gente. Por ejemplo: la fortuna de un jugador es con frecuencia la desgracia de muchas familias.

Adviértase que el menor daño que causa el jugador afortunado, es el de ganar el dinero á los que juegan con él. El verdadero daño lo causa la fama de su fortuna.

Si un hombre arruinado por el juego es un ejemplo contra el vicio de jugar que pueden aprovechar algunos, otro hombre enriquecido por el mismo medio, sirve de estímulo á todos.

Y como no hay manera de que la ruina de uno no haga la fortuna de otro, la cuenta no puede ser mas clara.

A la lotería se juega porque de treinta mil jugadores les suele caer á veinte. Esto es lo que se ve; lo que no se ve son los veinte y nueve mil novecientos ochenta á quienes no les cae.

Es raro que se vean veinte que ganan y no se vean veinte y nueve mil que pierden; y es que los ojos humanos son así; no ven mas que lo que brilla.

Un jugador célebre por sus ganancias hace mas jugadores que el mismo juego.

Hay en esto otra fatalidad constante: nada obliga á jugar tanto como el perder.

El talento es una cosa tan caprichosa como la fortuna.

Son inútiles todos los esfuerzos que se hagan para que aparezca donde él no quiere estar.

Los hombres de cierta clase de talento, suelen hacer mucho daño.

Ejercen sobre los demás un atractivo funesto.

Hay tontos que serian muy útiles á sus familias y á la sociedad si el brillo de ajenas celebridades no los sacara de su centro.

Zorrilla hizo una innumerable colección de malos poetas.

Dumas ha creado el enjambre de novelistas que nos inunda.

Los filósofos alemanes han fecundado en España una generación de sabios que asustan.

Cada celebridad es una especie de tentación que arrastra fuera de su camino á mucha gente.

Si en vez de cultivar el campo de la literatura, el campo de las bellas artes, el campo de la filosofía alemana y el campo de la política, se dedicaran muchos al cultivo de los campos verdaderos, ¡pobre España! serias mas rica.

— Vivir es quitarse la vida.

Ese renglón aparece ahí tan solo porque es verdad lo que dice.

— Nos aterra ver una pistola en las manos de un niño, y no nos asusta ver á un niño en las manos de un maestro impío.

— ¿Sabeis lo que es un banquero? Es un pobre cargado de oro; la miseria en toda su profundidad y la opulencia en toda su extensión.

Teniendo yo los millones de un banquero, seria muy rico, pero siendo banquero seria un miserable.

— La vida va siendo muy cara.

Matusalen no se atreveria á vivir novecientos años en estos tiempos, porque ¿dónde habia de encontrarse capital bastante para tan larga vida?

Hay descubrimientos que cuestan muchísimo mas de lo que valen.

Desde que los ingleses han averiguado que el tiempo es oro, no hay manera de que la vida sea barata, pues solo con gastar tiempo se gasta una fortuna. Véase si es posible vivir sin hacer ese gasto y se comprenderá que la vida es un artículo de lujo.

Yo me alegraria que los economistas, que no hacen mas que perder el tiempo, se fijaran bien en esta cuestión que es de suma importancia.

Téngase á la vista que siguiendo las cosas como van, es decir, que continuando en alza creciente el valor de la vida, la humanidad va á llegar á ser una colección de tuertos, porque al fin y al cabo vendremos á parar en que vivir costará un ojo de la cara.

Pensemos alguna vez en la suerte que les estamos preparando á las generaciones futuras.

— En las carreras de caballos sucede lo mismo que en la carrera de los hombres; el premio se lo lleva siempre el que llega antes. Y esto se comprende perfectamente: haced de los premios lo que de sí mismas hacen las mujeres, que son del último que llega, y se acabó el progreso; la humanidad se pararía como un reloj que le falta la cuerda; nadie daría un paso; todo el mundo estaria empeñado en quedarse atrás.

Y el progreso es esta precipitación con que nos empujamos unos á otros para llegar antes al fin de nuestros deseos; este afán de anticiparnos, esta impaciencia por llegar corriendo á recoger el premio de nuestras pasiones ó de nuestros errores; si el progreso es esta prisa de vivir que nos devora, preciso es confesar que hemos dado un paso en vago suprimiendo las vinculaciones.

El padre reunía su fortuna, la acotaba y decia: « Todo esto es para aquel de mis hijos que llegue primero. »

Imposibilitado el padre de señalar este premio al vencedor en la carrera, ¿qué hijo se tomará el trabajo de nacer antes que sus hermanos?

José SELGAS.

Cabuly-bajá.

El retrato que damos aquí representa al gobernador actual de Candia, nombrado el 9 de noviembre de 1867 á consecuencia de la muerte de Rechid-bajá.

Cabuly-bajá es uno de esos hombres de entendimiento excepcional que aparecen en las circunstancias críticas para resolver dificultades que parecen insuperables y que se allanan ante las combinaciones de una voluntad enérgica secundada por una inteligencia de primer orden. Sucesivamente le encontramos en clase de comisario extraordinario cerca de las tropas aliadas durante la guerra de Crimea; en Servia, á consecuencia de de las dificultades sobrevenidas entre la Puerta y este principado: en Iasi, en la Valaquia, en Creta, cuando el primer descontento entre las poblaciones, y en Siria donde sucedió á Fuad-bajá en la delicada mision de la indemnizacion de las víctimas del malhadado suceso que reclamó la presencia de las tropas aliadas. Dos años de un trabajo constante le valieron el título de muchir (bajá) y el gobierno de Saida, lo que manifiesta cuál fué el éxito de todas sus misiones.

Nacido en 1237 (1820) entró siendo muy niño en las escuelas de las que salió para las oficinas del Divan imperial, y á diez y nueve años, se habia agregado á la oficina de traduccion. Poco despues pasaba á la legacion de Berlin como secretario y luego á Londres, donde durante un año ha dirigido los negocios de esta embajada.

De regreso en Constantinopla en 1851, fué nombrado enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en Atenas, empleo bien difícil para la mision turca.

Llamado en 1858 al ministerio como secretario general del departamento de Negocios extranjeros, ocupó sucesivamente en un corto espacio de tiempo los puestos de suplente del ministro del Comercio, de primer intérprete del Divan y de director de los Negocios extranjeros. En este intervalo desempeñó las misiones que que hemos citado al principio de este artículo.

Cuando el viaje de su soberano á Paris fué nombrado ministro interino del Comercio, mas habiendo sido elegido para complimentar al emperador Alejandro II en su viaje por Crimea, fué reemplazado por Fuad-bajá en mision extraordinaria.

Llamado á prestar su concurso al gran visir Aali-bajá en su mision en Creta, acaba de ser nombrado gobernador general interino de Candia.

Cabuly-bajá tiene cuarenta y siete años, es cuñado de Fuad-bajá, y disfruta de una legítima consideracion cerca de los hombres serios que le consideran como uno de los gobernantes mas eminentes de la Turquía.

¿Logrará su gobierno pacificar á las desdichadas poblaciones de la Creta? Lo ignoramos; pero lo que sabemos, es que los ministros de Constantinopla confían en él muchísimo. E. B. D.

El monumento

DE MERY.

El poeta que en todas sus obras no se ocupó mas que de los países bañados por el sol, nunca pensó en la tierra en la que habia de dormir su último sueño. Cuando acompañaba á algun amigo al campo santo, jamás se oyó salir de su boca una palabra que indicase una predileccion cualquier respecto de su tumba. Habriase dicho que semejante asunto re-



Cabuly-bajá, gobernador general de Candia.

pugnaba á aquella imaginacion siempre risueña, y que fué joven hasta su última hora, y sin embargo, Mery hablaba á menudo de la muerte y siempre con la elo-

se halla situado en cierto lugar del cementerio Montmartre que parece reservado á los artistas. El sábado 7 de diciembre se bendijo el monumento en presencia de los amigos mas fieles de Mery que quisieron pagar este post-ter tributo á su memoria. F. R.



Sepulcro de Mery en el cementerio Montmartre.

cuencia y la gracia que le eran características.

Mery, nacido en Marsella, reposa en el cementerio Montmartre.

Ninguna existencia mas ocupada que la suya, y puede decirse en verdad, que desde la adolescencia hasta la muerte jamás conoció el descanso. Si la gloria llegó á visitarle, no fué la que pone al hombre al abrigo del trabajo cotidiano. Mery murió pobre y algunos amigos han querido que su sepulcro, aunque modesto, fuese digno de las hermosas obras que deja á la literatura nacional. Elevado por suscripción, el monumento se compone de un gran zócalo de mármol blanco, que ha sido dado por la administracion de las Bellas artes, y encima se levanta un pedestal elegantemente tallado, en cuya cara anterior hay incrustado un medallón en bronce del poeta, debajo del cual se lee: *A Mery (20 de enero de 1797. — 17 de junio de 1866), sus amigos han elevado este monumento.*

El pedestal sostiene una figura alegórica de bronce, una musa cualquiera, cuyo dedo traza en una hoja de papel desarrollada algunos títulos de libros. *Napoleon III en Egipto, Heva, la Florida, la Guerra de Nizam.* Toda la escultura es obra de M. Ludovic Durand, joven estatuario que ha puesto su talento al servicio de la amistad. Los bronce salen de los talleres de M. J. Gauthier.

Este monumento produce el mas bonito efecto en medio de su sencillez, y se halla situado en cierto lugar del cementerio Montmartre que parece reservado á los artistas. El sábado 7 de diciembre se bendijo el monumento en presencia de los amigos mas fieles de Mery que quisieron pagar este post-ter tributo á su memoria. F. R.

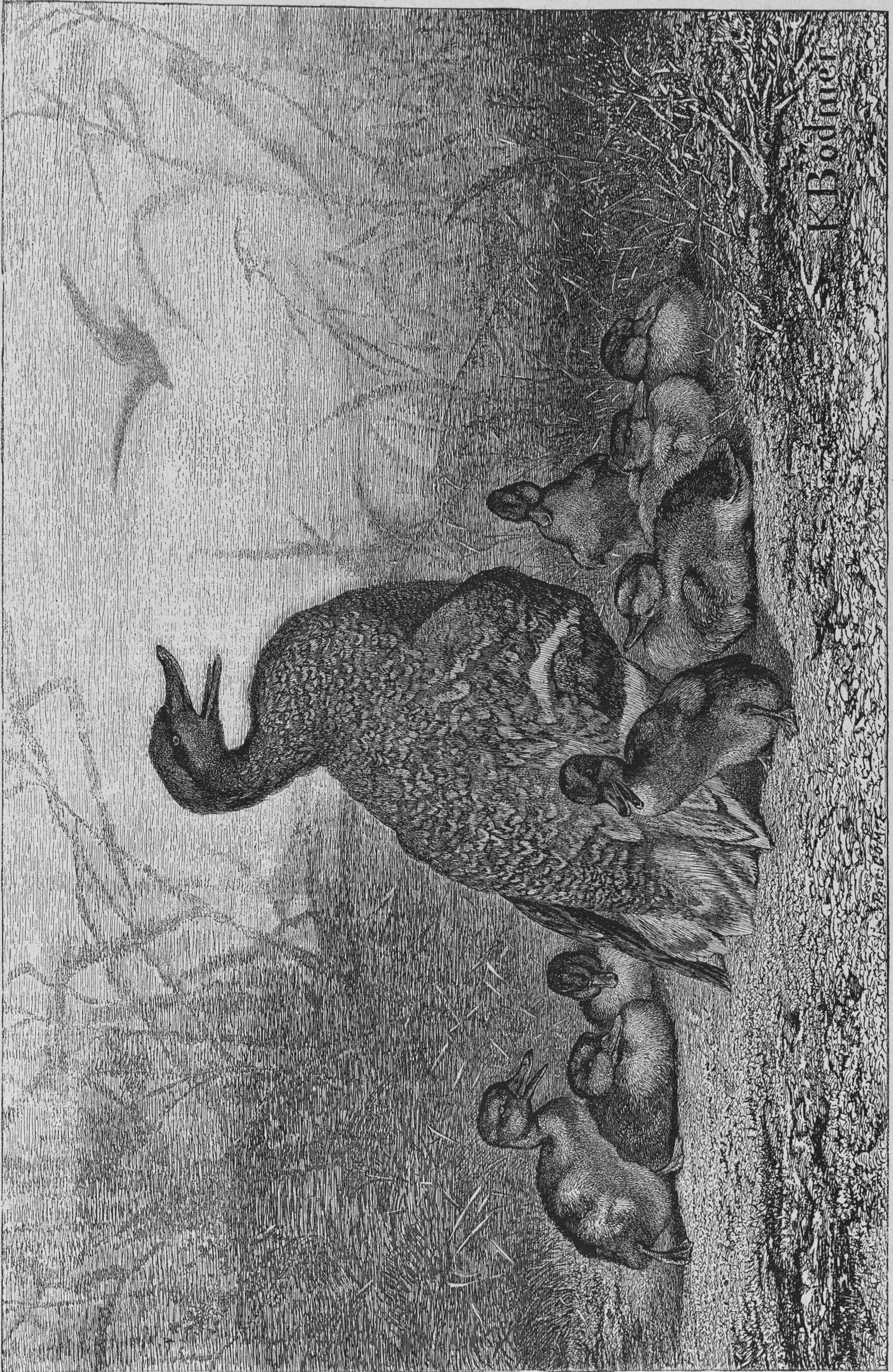
La vigilancia materna

DELANTE DEL ENEMIGO.

En la primavera la campiña parece sonreirse como un capullo de rosa ó como una niña: es una promesa con la que se cuenta, y por esto el color verde es el color de la esperanza. En el verano se ha realizado la promesa. La hermosura de la naturaleza ha cambiado de carácter; mas por un atractivo que ha perdido, ha ganado dos: entonces ostenta su madurez. El capullo se ha vuelto flor, el fruto cuelga del árbol y al través de los fértiles llanos ondean las doradas cosechas. ¿Quién entonces no es amigo del campo? Sin embargo, el otoño llega y se precipita. Las hojas se caen, la yerba se seca, el cielo se encapota, el viento refresca, todo cambia inmediatamente. Los aficionados á la naturaleza huyen con las hojas, excepto uno que la es fiel, el cazador. Este resiste á todo y nada le desalienta. Le gustan los campos endurecidos por la nieve, los bosques plateados por la escarcha; sale por la mañana ó por la tarde, segun los casos. La hora en que hay caza es buena para él. Uno de sus goce es el paso de los años, y noviembre es uno de los meses felices de su calendario. Espía la venida de la presa que codicia y por la tarde y aun por la noche, fija sus miradas en el Norte. De repente oye un silbido prolongado, levanta la cabeza y distingue la primera bandada que se acerca, falanje triangular, que corta los aires guiada por su jefe, el cual va á la cabeza del triángulo. Ese estanque es el lugar de descanso; nuestro cazador no se olvidará de donde está el estanque.

Estos huéspedes de pluma llegan á Francia de las partes setentrionales de la Suecia y la Noruega, de la Siberia y aun del Spitzberg. Familia inmen-

A. LAMY.



La vigilancia materna delante del enemig .

sa que se compone de infinitas variedades. Hay el taderme, el ánade silbante de grito agudo, la cerceta, de carne tan estimada y tantos otros. No hablo del ánade exótica, el mandarin, el de cresta de la Carolina, el de la India con olor de almizcle, el mas grueso de todos, así como tampoco hablo del eider que en sus movimientos del Norte al Mediodía no pasa jamás de las costas de Inglaterra.

¡Oh! vosotros los que dormís con un dulce sueño bajo ese plumon tan caliente y tan suave, el edredon, dad gracias al eider, pues á él le debeis. El eider se arranca á sí mismo ese plumon de debajo del vientre para guarnecer su nido. Así este nido constituye un valor que saben apreciar los islandeses, los noruegos y los groenlandeses, y el huésped á quien le deben les es sagrado. Es el ánade del nido de oro. Pobre de aquel que intentara matarle; ya se arrepentiría. Cuando los polluelos salen del nido se procede á la cosecha del plumon. Entonces la madre ha tomado á hombros á sus pequeñuelos y delicadamente los ha llevado al fondo de los bosques, al borde de las aguas donde cuida de ellos con un celo de todos los instantes.

Esta solicitud es comun á toda la familia de los ána-des. Seguramente, la hembra no tiene aparentemente nada de seductora. Sus patas son cortas, su andar es torpe, insípido su grito, y es glotona hasta darse indigestiones. Ni siquiera tiene para compensar tantos defectos lo que posee el macho, un plumaje brillante y variado; pero tiene una cualidad, que es buena madre. Miradla sobre el agua. Nada en torno de sus polluelos vigilante y atenta al menor peligro, y por la tarde los reúne y los cubre con sus alas. En cuanto presiente algun riesgo, en cuanto su ojo maternal divisa algun enemigo, punto imperceptible todavía para otro, en la inmensidad del cielo, ya se agita y da el grito de alarma; reúne á toda prisa á sus pequeñuelos y se dispone á huir, si la fuga es posible: si no, combatirá y sabrá morir. Sus alas son una égida. Entonces ya no es fea ni ridícula; entonces se multiplica, tiene la ligereza y la decision, la abnegacion y el brio: tiene la hermosura.

C. P. D.

La Caridad.

(Conclusion.)

Mi pobre padre está hoy en Madrid trabajando para que le sean devueltos sus bienes y en sus últimas cartas nos hace concebir risueñas esperanzas sobre ello.

¡Dios que no abandona nunca al que cree en Él y le teme, tampoco nos ha abandonado á nosotros un solo instante y con su ayuda esperamos que mi padre recobre, no su hacienda, que nada significa, sino su honra, tan torpemente manchada por un infame calumniador!

Cuando Aurora dejó de hablar, hubo un momento de silencio.

Alfredo le interrumpió al fin, preguntando á la jóven:

— ¿Y de ese infame, no saben Vds. nada?

— ¡Oh! sí, Dios le ha castigado, aunque nosotros y mas principalmente mi padre, hubiésemos deseado que le perdonase como le perdonamos nosotros. Complicado en un robo y algunos asesinatos, murió no hace mucho en un cadalso, confesando sus crímenes y la inocencia de mi padre. Esta declaracion ha hecho gran fuerza para la reparacion que mi padre solicita y en ella fundamos hoy todas nuestras esperanzas.

— Pues si es así, permitanme Vds. que hoy que nada tienen les ofrezca una amistad que aunque poco vale, nace en lo mas hondo de mi pecho, y una corta cantidad, única de que hoy puedo disponer y que cuando vuelvan á ocupar en el mundo la posicion que antes tenían, me pueden devolver si quieren.

Y al decir estas palabras sacó una onza del bolsillo.

— Deje Vd., amigo mio, contestó doña Marta, ese dinero quizás le haga á Vd. falta y nosotros no le necesitamos hoy. Una señora caritativa, un ángel mas bien, nos ha socorrido lo bastante para poder pasar algunos dias hasta con lujo.

— Bien, eso no importa nada para que Vds. admitan mi préstamo. A su esposo de Vd. le puede hacer falta en Madrid.

— Tiene Vd. razon, caballero, con esa condicion lo tomo. ¡Quiera Dios que pueda devolvérselo á Vd. pronto.

— ¡Ojalá! que seria muy buena señal.

Algunos momentos mas tarde, Alfredo salia de aquella modesta habitacion y se dirigia á su casa, pensando en su interior:

— Aurora es una jóven linda, amable, virtuosa, que reúne todas las condiciones apetecibles para hacer feliz á un hombre y, francamente, creo que sus bellas cualidades me han impresionado mas de lo regular. El corazon me latia de una manera tan extraña cuando me encontraba á su lado. ¿Estaré enamorado acaso? ¡Bah! ella antes de mucho volverá á ser rica y en seguida olvidará al pobre escribiente que se ha atrevido á pensar en su amor. Y sin embargo, me miraba de un modo que no sé cómo explicarme... ¡Eh, qué loco soy! ¿Pues no estoy creyendo que me ama?

VII.

Al concluir su monólogo, Alfredo entraba en su casa

y era recibido por sus dos hermanas que le abrazaron lanzando alegres gritos y ruidosas carcajadas.

— Gracias á Dios, hijo mio, dijo la señora Maria saliendo tambien á su encuentro, creíamos que esta noche os quedabais á dormir en el escritorio.

— No es por el trabajo por lo que me he entretenido, madre mia, ha sido otra la causa.

Y Alfredo contó á su madre cuanto le habia ocurrido aquella noche y la historia de la familia de doña Marta.

— Muy bien, hijo mio, esa accion te honra sobremedera.

— La he dado una onza, porque creo que esos son los ahorros que teniamos en casa, y como precisamente llevaba encima el importe de una letra que he cobrado esta tarde...

— ¿Eso le has dado, hijo de mi alma?

— Sí, madre mia, todo cuanto guardábamos ahorrado.

— Y si te encontraras con que ese dinero no existia ya, porque tu madre lo ha gastado, ¿cómo entregarías mañana la letra al señor de Oquendo?

— Eso no puede ser, madre mia, ese dinero no le puedes tú haber gastado.

— Pues es muy cierto, esta tarde he hecho con él una limosna.

— ¿Tú, madre mia, tú?

— Sí, yo, hijo mio, que al salir de la ermita del Socorro he encontrado á una jóven bellísima que con un aire de modestia y humildad que encantaba, se acercó á pedirme una limosna.

— ¿Y le has dado diez y seis duros?

— ¿Qué falta nos hacian á nosotros?

— ¡Ah! ¡estamos perdidos! Mañana cuando don Antenor me reclame el importe de la letra, no podré dárselo y faltarán diez y seis duros.... sí, diez y seis duros.

El rostro de Alfredo siempre tranquilo y risueño, habia tomado de pronto un color cárdeno y oscuro; las venas se hinchaban sin cesar y su respiracion comenzaba á ser bastante difícil y ruidosa.

— Cuando vea que no tengo el dinero, continuó diciendo, me lo pedirá de nuevo y yo... yo buscaré diez y seis duros... trescientos veinte reales... y en casa no hay, no, porque los pobres son primero... y luego, luego, lo sabrán todos en la oficina y en la casa y en el pueblo y al pasar por la calle me señalarán con el dedo y me llamarán ladron... ¡ladron! ¡Oh! ¡Ladron yo!

Y prorrumpió en una horrible carcajada que dejó aterradas á su madre y á sus dos hermanitas.

— ¡Dios mio, Dios mio! conservadle la razon, murmuró la señora Maria lanzándose á socorrer á su hijo.

Poco despues un médico á quien se llamó inmediatamente, reconoció al enfermo, asegurando que aquello era solo una enajenacion mental, producida por la idea de oirse llamar ladron, y que tratándole con ciertas consideraciones y atendiendo mas á la parte moral que á la física, seria muy fácil volverle á la razon en una ó dos semanas.

VIII.

Algunos dias despues de estas escenas, hallábanse reunidas en su modesta habitacion doña Marta, Aurora y Julio, oyendo estos con profunda atencion y marcadas muestras de alegria una carta que la primera leia con voz conmovida y temblorosa:

«Sí, esposa mia, decia la carta, á Dios gracias he podido conseguir del gobierno de S. M., lo que tanto tiempo hace que iba buscando. Mis bienes me son devueltos por real orden expedida hoy y en prueba de ello, adjuntos son algunos miles de reales para que salgais de la miserable posicion en que tanto habeis sufrido.

» Al par que mis bienes, se me devuelve mi honra, porque con esta fecha doy órdenes á Bilbao para que se pague á todo el que tenia fondos en nuestra casa. A pesar de esto he pensado establecerme en esa, y retirarme completamente del comercio, que ya estoy en edad de abandonar esa vida agitada de los negocios.

» Dentro de algunos dias tendré el placer de abrazaros, puesto que en cuanto liquide, me pongo en camino para esa. Mil besos á los chicos, y tú ya sabes lo mucho que te quiere tu esposo

DIEGO.»

— ¡Gracias, Dios mio, gracias! murmuró doña Marta al concluir la lectura; hoy es para mí el dia mas feliz de mi vida, que al fin el mundo no señalará con el dedo á mi esposo ni manchará con sus acriminaciones el limpio honor de sus hijos.

Y volviéndose á estos:

— Vamos á rezar, continuó diciendo, que es preciso agradecer á Dios el inmenso beneficio que nos ha dispensado.

Los tres, madre é hijos, se arrodillaron ante una tosca lámina de la Virgen del Cármen, que adornaba una de las paredes y elevaron al cielo fervorosa súplica.

Cuando terminaron, la madre recogió los billetes que contenia la carta y poniendo uno sobre la mesa, guardó los demás en el cajon de la misma, cuya llave metió en su bolsillo.

— Ahora, hijos míos, dijo despues de terminada aquella operacion, ahora es preciso que vayamos á devolver á Alfredo lo que nos prestó hace algunos dias, y luego buscaremos una casa bonita donde podamos recibir á vuestro padre con toda decencia, para que no

vea ni los rastros de la espantosa miseria que hemos pasado.

— Vamos, vamos, mamá, gritó Julio dando saltos de alegria, vamos pronto que quiero jugar con las hermanitas de Alfredo.

— ¿Con las hermanas? ¿Quién te ha dicho que nuestro buen amigo tiene hermanas?

— Me lo dijo él el otro dia; una se llama Consuelo y la otra Elisa.

— Pues bien, vamos á verlas.

Y doña Marta y sus hijos, arreglando lo mejor que pudieron sus pobres trajes, se dirigieron á casa de Alfredo cuya desgracia ignoraban aun.

La señora Maria que salió á recibirlos, lanzó un grito de admiracion, al verlos allí, pero haciéndoles entrar en seguida les ofreció sillas, y comenzó á enterarse de su salud.

Doña Marta que no olvidaba nunca á los que la habian ayudado en sus necesidades, la preguntó con interés:

— ¿Usted es, si mal no recuerdo, la señora que socorrió á mi pobre hija al salir de la ermita del Socorro?

— Sí, señora, yo tuve esa dicha.

— ¿Y su hijo de Vd. es quizás Alfredo?

— El mismo, señora, el mismo.

— ¡Oh, gracias, Dios mio!

Y doña Marta estrechó entre sus brazos á la señora Maria que sintió correr las lágrimas por sus mejillas.

— ¿Y Alfredo? preguntó Julio que se extrañaba de no ver á su amigo.

— Está malito, hijo mio, contestó la señora Maria depositando un beso en la frente del niño.

— ¿Es cierto, señora?

— Y muy cierto, por desgracia, replicó la madre.

Y contó á doña Marta y á sus hijos cuanto habia ocurrido la tarde en que conocieron á Alfredo.

— ¿Y el médico asegura que podrá salvarse?

— Así nos lo repite todos los dias; pero yo voy creyendo que la ciencia no conseguirá nada.

— Pues es preciso que se le busquen á toda costa los mejores médicos de España, del mundo, si no bastaran estos; nosotras le hemos traído esa desgracia, justo es que procuremos por cuantos medios estén á nuestro alcance, volverle la salud.

— Pero su posicion de Vd., señora... se atrevió á decir la señora Maria.

— Mi posicion es muy buena ya, á Dios gracias.

Y doña Marta contó á su vez el cambio favorable que en su fortuna habian experimentado aquellos dias.

— Todo, concluyó diciendo; todo lo que Vds. necesitan corre de mi cuenta. El hizo mucho por nosotras y hoy debemos hacer cuanto esté en nuestra mano, aunque nunca valdrá lo que su generosa accion. Vamos á verle.

— Vengan Vds., que aunque loco, su locura no le impide recibir visitas.

La señora Maria los condujo á una alcoba que habia en la misma sala y en donde, sentado en una butaca, estaba Alfredo sacando cuentas con los dedos.

IX.

Al verlos entrar el enfermo se incorporó sobre su asiento y murmuró con voz débil:

— ¿Es Vd., don Antenor? Ahora voy, estoy concluyendo de contar los diez y seis duros. Uno... dos... tres...

Y el jóven seguia contando con los dedos.

— No es don Antenor, hijo mio, es doña Marta que viene á verte con sus hijos. Mirales, Aurora y Julio.

— Somos nosotros, amigo mio, ¿no nos conoce Vd? — Aurora... sí, Aurora... ella fué... estaba tan pobre... y era tan bonita... tan bonita...

— Alfredo, gritó Julio, no pudiéndose ya contener, ¿no me conoces?

— ¡Conocerte! ¿quién eres?

— El hermano de Aurora; Julio, el niño aquel que te pidió limosna.

— ¡Ah! sí, el de los diez y seis duros... Ahora los buscaré... Uno, dos, tres...

— ¡Infeliz! murmuró doña Marta.

— Ya ve Vd. si hago bien en no creer al médico, dijo la señora Maria.

— Nada de eso; hace Vd. muy mal. La ciencia no puede dominar las enfermedades desde su principio, sin embargo, con la ayuda de Dios, las corta en su desarrollo, y Alfredo está en ese caso.

— Aseguraba el médico que la enfermedad era solo en la parte moral.

— Y no se equivocaba. Pero salgamos de aquí; mis hijos se quedarán al lado del enfermo y entre tanto pensaremos el medio mejor para volverle á la razon.

Las dos señoras salieron de la alcoba, dejando en ella á Aurora y Julio, que habian tomado asiento al lado de Alfredo.

— Ante todo, dijo la madre de Julio, es preciso que mande Vd. á cambiar este billete de cuatro mil reales.

La señora Maria tomó el billete, salió de la estancia y poco despues volvió con el dinero.

— El banco está cerca y he preferido ir yo misma á cambiarlo. Aquí tiene Vd. el dinero.

— Bien. Ahora acábeme Vd. de contar los infortunios de su hijo. ¿Entregó Vd. el importe de la letra al señor Oquendo?

— No, señora; cuando le conté nuestra desgracia no quiso admitir el dinero y vino él mismo á decir á Al-

fredo que lo habia recibido ya. Gracias á su generosidad, hemos podido procurar toda clase de medicinas al enfermo, pues en casa no quedaba nada ya aquel día.

— Entonces, hay que probar el último recurso. Mande Vd. llamar al señor Oquendo y al médico que ha asistido á Alfredo. Tengo confianza en Dios y creo que hemos de salir airosos de nuestra empresa.

Doña María salió á cumplir los encargos de su amiga y esta se asomó á la alcoba del enfermo.

Este, pronunciando aun palabras incoherentes, sonreía tranquilamente á Aurora que, con su angelical dulzura, procuraba distraer su imaginación de las horribles ideas que la habian trastornado.

Julio por su parte tampoco se descuidaba, y dando saltos al rededor del sillón donde descansaba Alfredo, hacia lo posible por hacerse oír de él, para contarle cuánto iban á divertirse todos el día que volviera su padre.

Largo rato estuvo doña Marta contemplando aquel cuadro desolador, y aun hubiera seguido así, si la voz de su amiga, llamándola desde la sala, no la hubiera hecho volver la cabeza.

— ¿Está ya todo? preguntó.

— ¡Sí, señora; detrás de mí vienen el médico y el señor de Oquendo.

— Ahora es necesario poner este dinero en el sitio en que Alfredo acostumbraba á tenerlo de ordinario; así será mas completa la ilusión.

La señora María recogió los cuatro mil reales y fué á colocarlos en un pequeño pupitre que adornaba la sala.

En aquel momento el doctor y el banquero aparecieron en la puerta de entrada.

— Adelante, señores, adelante; dijo doña María.

Oquendo y el doctor saludaron con una ligera inclinación de cabeza.

— ¿Nos ha mandado Vd. llamar? dijo el primero.

— Sí, señores; esta buena amiga quiere probar hoy con el enfermo el último recurso, y por eso quiere que estén Vds. presentes. La locura de Alfredo proviene indudablemente de un préstamo que hizo á esta señora en aciagos días para ella, y hoy, honrándonos quizás demasiado, quiere ayudarnos en nuestra empresa.

— La acción de Vd., señora, llena de júbilo mi corazón, replicó el médico, y quiera Dios que el remedio que Vd. se propone usar sea suficiente para devolver al enfermo la salud, que la ciencia aun no ha conseguido encontrar para su pobre mente.

— Tengo fe, caballero, y confío en Dios.

— Pues vamos á la prueba, objetó el señor de Oquendo que no habia desplegado sus labios.

— Sí, vamos, añadió doña Marta.

Y dirigiéndose á la señora María:

— Usted, continuó, se encarga de hacer ver á su hijo que los cuatro mil reales están en su escritorio; cuando consiga Vd. que llegue allí, entrará el señor de Oquendo y al ir á contar el dinero, faltará una onza, que yo me apresuraré á entregarle como devolución de lo que anteriormente me prestara.

— ¡Excelente plan, magnífico! gritó el doctor batiendo las palmas.

— Dios me lo ha inspirado, caballero; no la ciencia ni el estudio.

— Tiene V. razón, señora, Dios indudablemente querrá hacernos ver la impotencia del hombre, por mucho que profundice la ciencia, ante su poder inmenso: solo Él puede inspirar esas ideas.

— ¿Vamos? se atrevió á decir la señora María, cuya ansiedad iba en aumento.

— Sí, vamos.

Cada uno de los personajes que desempeñaba algún papel en aquella prueba fué á colocarse en su puesto y solo el doctor quedó en la sala para examinar las distintas impresiones que sucesivamente habian de producir en Alfredo las escenas que iba á presenciar.

X.

Renunciemos á describir punto por punto las escenas que siguieron á la anterior entrevista. Todo se hizo como doña Marta lo habia dispuesto, y el enfermo, recordando gradualmente cuanto por efecto de su enajenación habia olvidado, al recibir de mano de aquella los diez y seis duros que le devolvía dejó correr las lágrimas por sus mejillas y sonrió á la buena señora, lanzándose á sus pies para besar sus manos.

El doctor, á quien Alfredo reconoció en seguida, aseguró que todo habia desaparecido y que por lo tanto su presencia era ya inútil en aquel sitio. No quiso doña Marta dejarle marchar y le rogó que les acompañase aquel día en la mesa, á lo que accedió gustoso el Galeño en gracia segun él decia, del milagro que ella habia operado.

Con la comida se celebró alegremente tan deseado restablecimiento y todos eran felices, excepto doña Marta que hubiera deseado tener allí á su esposo.

Cuando terminaron, el médico y el señor de Oquendo se despidieron de aquellas bondadosas y honradas familias y estas quedaron solas en casa de doña María.

La señora de don Diego, comprendiendo que la juventud desea tener siempre ciertos momentos de expansión que la edad madura no necesita tanto, dispuso que sus hijos y los de doña María saliesen á dar una vuelta por los alrededores del pueblo, que floridos y

aromosos, convidaban al grato solaz y regalo de sus habitantes.

Los tres pequeños marcharon delante y Aurora, que ya se habia provisto de un sencillo traje de mozambique claro, apoyada en el brazo de Alfredo, marchaba con este un poco detrás de aquellos.

Cuando salieron fuera de la población, la jóven se detuvo para contemplar el magnífico espectáculo que presentaba la vega, cuyo horizonte era el mar y suspiró débilmente.

— ¡Qué hermoso es esto! murmuró.

— ¡Ah! este punto de vista es admirable, añadió Alfredo, y cuando al contemplarlo tenemos á nuestro lado una mujer hermosa...

— ¡Alfredo! exclamó la jóven ruborizada.

— Cuando sentimos latir su corazón junto al nuestro, continuó diciendo Alfredo sin atender á su amiga, cuando la presión de su brazo hace correr con mas fuerza nuestra sangre, entonces la naturaleza nos parece mas bella, mas imponente: hay entonces mas luz, mas colores, mas armonías y el cielo es mas azul, las nubes mas blancas.

— Pero, amigo mio.

— Y cuando amamos, la tierra se convierte en paraíso de delicias, en un cielo tan grande, tan bello, como el que Dios ha prometido á los justos, como el que...

— ¡Por Dios! interrumpió de nuevo Aurora.

— ¡Ah! es cierto, he olvidado lo que soy, lo que usted es; pero no he podido resistir los impulsos de mi corazón.

— ¿Acaso Vd?

— Sí, Aurora, ¿para qué negarlo? La amo á Vd., y aunque debia haber callado mi pasión, aunque debiera haberla destruido, no me ha sido posible. Sé muy bien que Vd. no puede, no debe amarme, pero mi corazón es así: quizás si la hubiera aborrecido se lo habria dicho lo mismo.

— ¿Y por qué no amarle á Vd?

— Soy tan pobre...

— ¿Y qué importa la pobreza si el porvenir es grande y es noble el corazón?

— ¡Ah! Vd. cree...

— Creo que el amor, por mas que el espíritu del siglo le haya querido desfigurar, es siempre el mismo; no reconoce clases ni repara nunca en la distancia que puede haber entre los que se aman.

— ¿Y en ese caso?

— En ese caso, puedo ser franca con Vd.; mi corazón es de Vd., desde el día en que entró en nuestro pobre sotabanco.

— ¿Será posible?

— Puede Vd. creerlo.

— ¡Oh! gracias, Aurora, gracias.

La conversación giró desde entonces sobre el mismo punto y cuando regresaron á su casa era ya bastante anochecido.

Doña Marta, que le habia parecido notar algo en las miradas de los jóvenes, concluyó aquella noche por arrancar el secreto de su amor á su hija, y cuando se sentaron á cenar lo hizo poner juntos, dándoles continuas bromas que asustaron al pobre Alfredo.

Antes de retirarse á su casa, la señora María era también dueña del secreto y oyó de los labios de su buena amiga las siguientes palabras:

— Cuando llegue mi esposo, la broma se convertirá en la realidad que ha de hacerlos dichosos.

CONCLUSION.

Dos días mas tarde la familia de don Diego, establecida ya en un primer piso de una casita alegre y nueva de una de las mejores calles de la población, recibía á aquel en sus brazos, llenos de contento y su esposa le contaba los acontecimientos de que últimamente habian sido autores.

Alfredo y su madre avisados en seguida por Aurora, fueron á visitarle y todos juntos convinieron en comer aquel día en el campo, para celebrar la llegada de don Diego.

Así se hizo y cuando volvieron de la alegre gira, ya los novios tenían el permiso del ex-comerciante para su casamiento.

Doña María al recibir tan buena nueva, se arrojó en brazos de su amiga y ocultó sus lágrimas en su pecho.

— ¿Lo ve Vd? la dijo doña Marta, conozco muy bien á mi esposo y sabia yo que no me lo habia de negar.

No tardó mucho en celebrarse la boda y cuando los novios salieron de la iglesia, el señor de Oquendo que habia sido el padrino, entregó un papel á Alfredo, diciendo al mismo tiempo.

— Ese es mi regalo de boda, amigo mio. Muy poco es, pero no puedo hacer mas.

Alfredo leyó el papel y dió un grito de alegría.

— Su socio, su socio, ¡Oh, gracias, gracias, generoso protector!

— Las gracias á Dios, Alfredo, replicó don Antenor, que hace siempre que sea una verdad el refrán que dice que Él da ciento por uno.

M. SECO Y SHELLY,

Anécdota sobre Metastasio.

El célebre jurisconsulto Gravina, á quien el serio estudio de las leyes no impedía dedicarse con extremo ardor á la poesía, pasaba en cierta ocasión por la plaza de una ciudad de Italia, cuando le llamó la atención un gran corro de gente que allí estaba formado. Acercóse á ver lo que atraía tantos curiosos, creyendo, no sin fundamento, que seria alguna cuadrilla de saltimbanquis; pero así que pudo atisbar lo que dentro del corro pasaba, vió un muchacho, como de ocho á diez años, que estaba recitando versos en voz alta, con cierta cadencia y cierto entusiasmo.

— Vamos, dijo Gravina, que ese chiquillo tiene bien aprendida su lección.

— ¡Cómo, su lección! exclamó uno de los circunstantes: todo eso que dice lo inventa él ahora mismo.

— ¿Será posible? exclamó Gravina, pero esos versos son preciosos para ser improvisados.

Púsose á escuchar con la mayor atención, quedándose cada vez mas asombrado, hasta que el niño, habiendo terminado, se puso á dar la vuelta al corro con su cubilete en la mano, pidiendo una limosna por Dios, mas bien que el premio de su trabajo. Pocos atendieron á la justa solicitud del niño, que pasó tambien por delante de Gravina, presentándole maquinalmente su cubilete. El ruido de las monedas que en él cayeron le hizo levantar sus ojos, radiantes de placer y de sorpresa, hácia su inesperado bienhechor.

— ¿Cómo te llamas? le dijo este.

— Pedro Trapassi, contestó el niño, cuyas amortiguadas facciones y ojos llorosos bien revelaban sus padecimientos.

— Pues bien, Pedro, ¿te atreverías á improvisar unos versos sobre un asunto que yo te proponga?

— Con mucho gusto lo haré, caballero.

— Se trata de una princesa desesperada, al ver que la abandona el príncipe á quien generosamente habia acogido en sus Estados.

— ¿Dido y Eneas?

— ¡Hola! Parece que lo has adivinado, exclamó Gravina, á quien pasmaba tanta erudición.

El niño levantó los ojos al cielo, y en actitud de inspiración recitó los versos que le pedían, con tanto entusiasmo y tanta armonía, que el jurisconsulto, sin dejarle apenas acabar, le dió un abrazo y le dijo:

— Ya no me queda duda ninguna: la Italia tiene un gran poeta mas. Desde ahora mismo te vienes á mi casa, donde nada te faltará; yo cuidaré de tu porvenir.

— Señor, contestó el niño, yo estoy en compañía de un pobre ciego, al que no puedo dejar abandonado, porque ha hecho para mí las veces de padre, y á él debo lo poco que sé.

— Me gusta esa conducta, hijo mio: que venga tambien contigo, que para los dos habrá colocación.

Pedro Trapassi conociendo en el semblante y en las palabras de su interlocutor que era incapaz de burlarse de él, le siguió, penetrado de una viva gratitud que le duró toda su vida, y que le hizo en 1717 llorar sinceramente á su bienhechor.

Este hombre generoso no solo le instruyó por sí mismo y le buscó maestros, sino que, adoptándole por hijo, le dejó todo su caudal, exhortándole á seguir la carrera de la poesía, para la que manifestaba tan brillante disposición.

Pedro Trapassi conservó el nombre sonoro de «Metastasio» que su protector le habia dado, y dócil á sus consejos, se dedicó enteramente á la poesía dramática, en la que, desde los catorce años en que compuso su primera tragedia, hasta los ochenta y cuatro en que falleció, toda su vida fué una continuada serie de triunfos.

En medio de su gloria y su fortuna, nunca se olvidó Metastasio de los oscuros principios de su vida, que solia recordar con mucha frecuencia. D. B.

Estudio de un pintor célebre.

Vamos á trasladar á nuestros lectores á las orillas del lago de Ginebra. Ginebra, célebre por su relojería, por sus millonarios, por su espíritu político y religioso, lo es tambien por los hombres eminentes que ha producido en las letras y las ciencias. Es menos artista que sabia y letrada, pero la afición á las artes existe no obstante en las diversas clases de la sociedad ginebrina. Un hecho antiguo ya, que ocurrió en el curso que profesaba el ilustre M. de Candole, lo probaria si fuere necesario. Teniendo que devolver inesperadamente dos mil dibujos de plantas de la América española que le habian confiado, manifestó el sentimiento de no poderlos comunicar al auditorio. Ahora bien, algunas señoras que formaban parte de este auditorio se encargaron de copiar y hacer copiar por sus amigas la mayor parte de esta colección en una semana, y con efecto, en ese tiempo se ejecutaron y se iluminaron ochocientos sesenta dibujos, por ciento catorce personas aficionadas. ¡Hecho notable, si se tiene en cuenta la escasez de población y el desden que Calvino infundió á esta ciudad respecto de la poesía y del arte. Sin embargo, Ginebra no ha producido grandes artistas. M. Calame, el pintor mas hábil que haya inspirado hasta el día el espectáculo, y en cuyo estudio vamos á introducir al lector, no es mas que un hijo adoptivo de Ginebra, y así es que la calificación de escuela ginebrina que aplican á ciertos pintores, no tiene fundamento.



El estudio del pintor Calame en Ginebra.

El nombre de M. Calame es bien conocido en Europa, donde los soberanos y los aficionados ricos se disputan sus producciones. En la feliz situación que le hicieron su talento por una parte, y por otra su asiduidad al trabajo, si su pensamiento le hizo retroceder á veces hácia la lucha que tuvo que sostener su juventud contra la pobreza y las pruebas que hubo de atravesar para llegar al objeto que le marcaba una vocación irresistible, ha debido experimentar una legítima satisfacción por los triunfos que ha obtenido gracias á su legítima perseverancia.

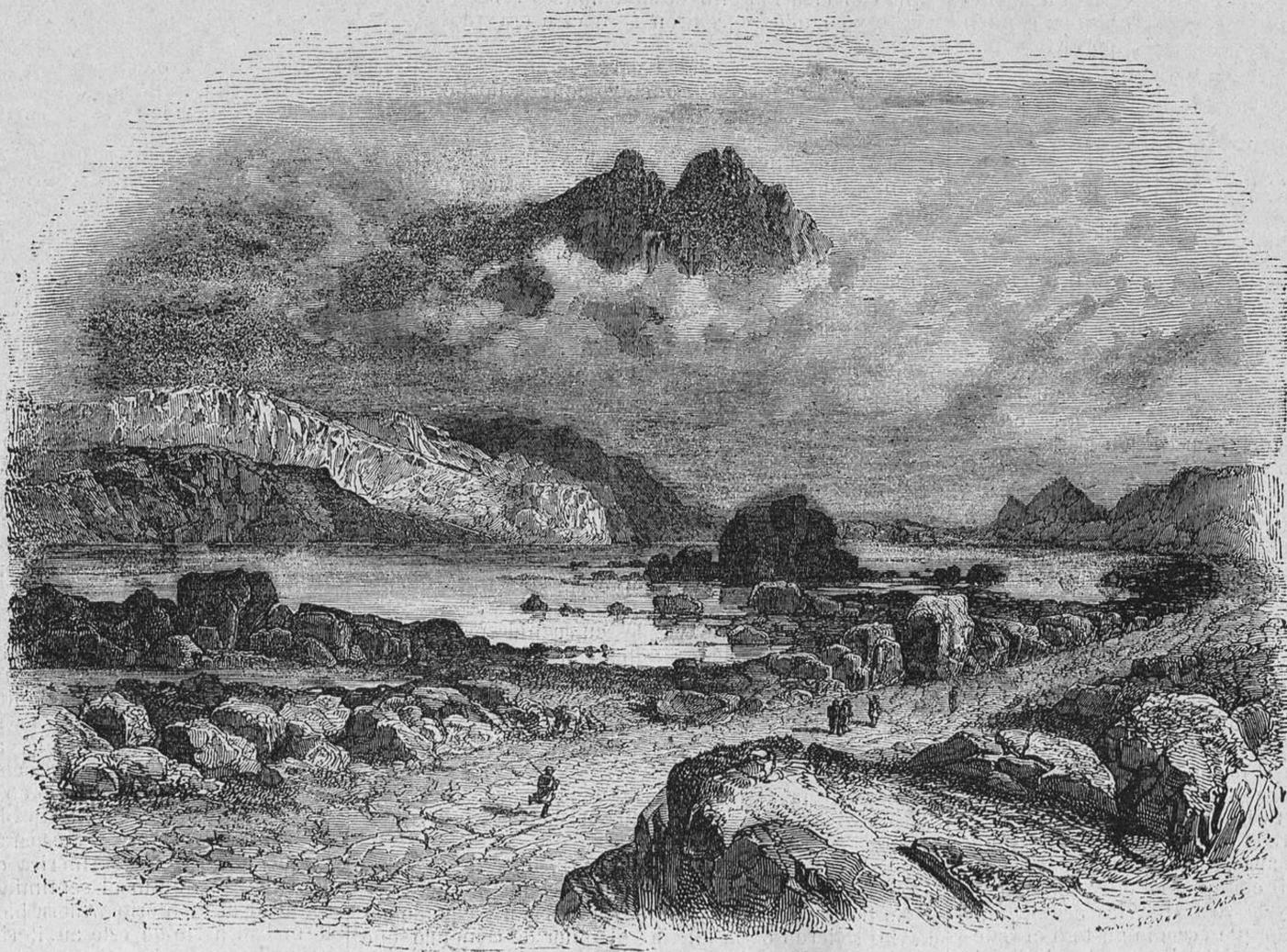
Calame nació en el cantón de Neuchâtel en 1810. Sus padres, que no eran ricos, se impusieron grandes privaciones para educarle, y como era débil y enfermizo, trataron de darle una profesión sedentaria. A los quince años comenzó á estudiar arquitectura, y á los diez y seis perdió su padre, y quedándose así como único sosten de una madre valetudinaria, hizo el sacrificio de sus gustos á los nuevos deberes que le habian tocado, y entró de dependiente en una casa de banca. No debía esta carrera llevarle á la fortuna. Mientras la necesidad le obligaba á estudiar los cambios y á aglomerar cifras, su capricho, que se desprendía de las exigencias de tan árido trabajo, volaba por los Alpes, y la pluma que acababa de hacer una cuenta de intereses, solía trazar ár-

boles y perfiles de montañas. Sin embargo, el joven dependiente no faltaba á sus deberes en lo mas mínimo; pero por las mañanas antes de ir á su escritorio, y por la noche al volver á su casa, proseguía sus estudios de dibujo, y á menudo pasaba así la noche. En este periodo de su vida entran las ardientes aspiraciones y el desaliento. ¡Horas de incertidumbre difíciles de atravesar en las que el hombre, después de haber dudado

de su suerte, acaba por dudar de sí mismo, y en que la vocación parece á punto de sucumbir ante los obstáculos que contra ella se levantan!

En medio de estas pruebas, el joven dibujante halló muy luego un medio que debía proporcionarle algunos recursos. Se puso á iluminar vistas de Suiza para los estamperos, y luego, con mayor confianza ya en sí mismo, hizo de esas aguadas que compran los viajeros como recuerdo de sus excursiones alpestres. Los que se entregan útilmente á este trabajo, necesitan una gran rapidez de ejecución. Calame logró obtener esta cualidad, y comenzó á sacar partido de su pincel. Entonces dividió de este modo sus horas de trabajo: iba á la casa de banca para ganarse el pan, y pintaba para los estamperos á fin de poder continuar sus estudios de dibujo. Finalmente, una vez que consiguió una pequeña clientela, se decidió á vivir del producto de su pincel, y se consagró enteramente á la pintura. Entonces entró en el estudio de M. Diday, cuando apenas había cumplido los veinte años.

Bajo la dirección y con los consejos de M. Diday, los estudios anteriores del joven Calame no tardaron en dar sus frutos. Cinco años mas tarde, en 1835, enviaba á París una *Vista del lago de Ginebra*; pero esta pintura pasaba desapercibida. Sin embargo, cuatro años después



Los lagos de Bernina.

mandaba tres cuadros que debían hacer su fama: un *Efecto de sol en el ocaso*, una *Selva en las cercanías de Ginebra*, y una *Vista tomada en Handeck*, donde al aspecto ya tan abrupto del valle de Ober-Hasli, había añadido el efecto de un huracán. Esta vez el público, en lugar de esa Suiza verdosa y monótona que le ofrecen tantos pintores de paisaje, tenía delante el espectáculo de una naturaleza grandiosa é imponente.

La reputación de Calame creció mas todavía en 1841, donde el público admiró cuatro cuadros importantes: *Interior de una selva de abetos*, una *Vista de los Altos Alpes después de una tormenta*, y otras dos vistas mas, que demostraban en alto grado su talento de paisista. Anteriormente había obtenido medallas de oro de segunda y de primera clase, y esta vez fué nombrado caballero de la Legion de Honor.

El año 1841 marca, para el público parisiense que le ha perdido de vista desde entonces, el apogeo del talento del artista. En 1842 y 1845 envió otras obras; pero desde este último año desertó las exposiciones francesas, y solo se le conoce en Paris por sus litografías y sus aguas fuertes. Las numerosas ocupaciones que con el aumento de su fama asediaron al pintor, contribuyeron tambien á tenerle apartado de una ciudad á la que debe conservar cierta gratitud. La malevolencia de la crítica pudo tambien influir algo. Además las distinciones honoríficas acudían de todas partes á recompensar al pintor, que sucesivamente obtenía una medalla de oro del rey de Prusia, la orden de Leopoldo, la orden del Leon neerlandés, y era nombrado miembro corresponsal del Instituto belga, de la Academia de Amsterdam y de la Academia imperial de Bellas-Artes de San Petersburgo.

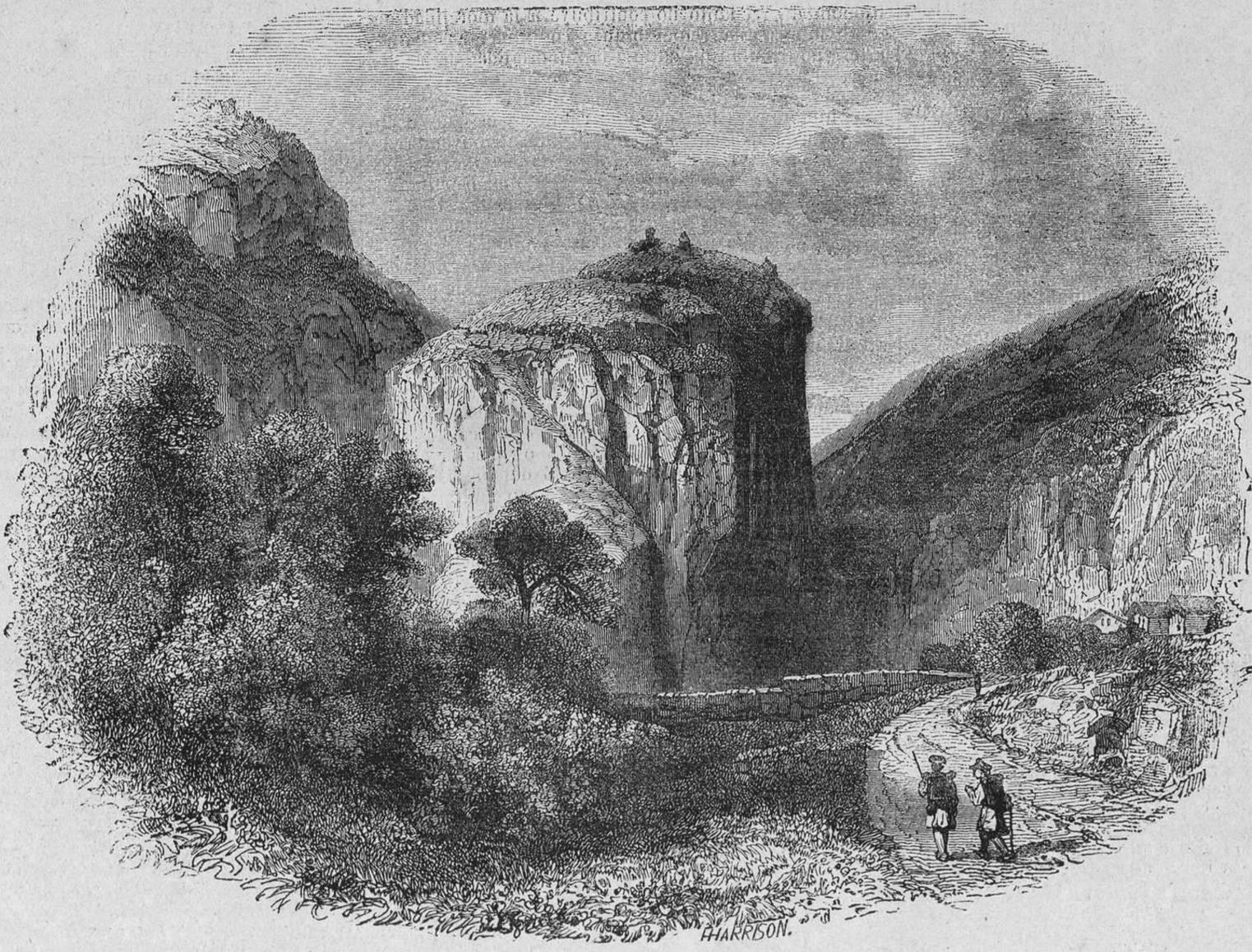
La fecundidad de M. Calame ha sido extraordinaria. Es incalculable el número de dibujos, litografías y aguas-fuertes que ha producido. En presencia de un trabajo tan considerable, se le podría atribuir una rapidez de ejecución particular; pero no es así, todas sus producciones son el fruto de su constante asiduidad. Manejando con igual facilidad todos los procedimientos, pasa alternativamente del oleo á la aguada, del lápiz al difumino, de la litografía al grabado. El reposo para él es el cambio de trabajo. Aprovecha todos los instantes, y para esto no se encierra en su casa, sino que diariamente recibe gente, y de la manera mas afable.

¡Cuántas veces le hemos visto en el estudio, cuya exacta reproducción se halla como un recuerdo en estas páginas! Unos se notaban en el canapé, otros admiraban los cuadros y dibujos concluidos ó no concluidos, y la atención de todos estaba tan cautivada, que ninguno de los visitantes pensaba en disfrutar de la vista del lago de Ginebra, que ofrecía la ancha ventana del estudio. El puesto no podía estar mejor elegido para un paisista.

Después de haber introducido



Orilla de Meillerie.



Entrada de la Via-Mala.

á nuestros lectores en el estudio de M. Calame, vamos á acompañar esta vista con tres dibujos hechos por él para el *Viaje en zig-zag*, de Topffer. El uno de ellos representa la entrada de la *Via mala*, esa angosta garganta por cuyo fondo se precipita el Rhin superior, y donde un camino que serpentea por los flancos de peñascos abruptos, y unos puentes aéreos arrojados sobre el abismo, sirven de comunicación para ir de los Grisones al pasaje de Splugen. En el otro están figurados los *Lagos del Bernina*, con sus sombríos promontorios y sus penínsulas de piedra, que atraviesan Topffer y sus jóvenes compañeros cuando pasan del Ober Engadine á la Valtelina. El tercer dibujo nos trasporta á la *Orilla de Meillerie*, al pié de los peñascos poetizados por J. J. Rousseau.

Las últimas composiciones de M. Calame pintan los sitios pintorescos de las márgenes del lago de los Cuatro Cantones, particularmente en la parte encajonada donde está la capilla de Guillermo Tell, y que conduce á Fluelew. Es imposible figurar mejor la inmensidad del lago, la pintoresca disposición de los peñascos y el escarpe de las orillas, que como se ve en un cuadro perteneciente hoy á un banquero de Basilea: la escena está tomada en la hora poética del crepúsculo de la tarde. Las azuladas sombras han invadido ya las paredes de granito que entran en el lago, así como los Alpes y las selvas de abetos que se extienden en sus cuestas, en tanto que en los primeros términos hay árboles que recogen las postreras claridades, y que en el horizonte el Rothstok, con su cima cubierta de nieves eternas, participa de la luz y de la serenidad del cielo.

Con todas estas obras Calame vino á ser el mas célebre de los pintores que han estudiado las grandiosas bellezas de los Alpes. En un principio llamó sobre todo la atención pública con escenas de tormenta y de devastación; y sin embargo, á nuestro juicio, donde mas brilla es en las escenas apacibles, como el aspecto de un hermoso lago bañado de sol, ó una puesta de sol en las altas cumbres, ó una pradera y un

bosque alpestre. A veces se desearia ver en las escenas salvajes de las soledades de los Alpes, una ejecución menos esmerada, mas espontánea; pero es imposible pedir una ejecución mas concienzuda, mas precisa, mas segura de si misma, mejor entendida bajo el concepto de un armonioso conjunto. En sus dibujos hay mas abandono; pero no por eso abdica en ellos sus eminentes cualidades. Ante todo, que maneja el pincel, el lápiz ó el buril, M. Calame se muestra siempre dibujante consumado, y á este precioso don reúne una gran fecundidad y mucha ciencia para disponer sus composiciones. Su ciencia no perjudica á su imaginación: logra siempre acentuar sus paisajes, y el espectador experimenta al verlos una impresión penetrante. Tal es la magia del talen-

to que crea al lado de la naturaleza real una segunda naturaleza que se confunde en el pensamiento con la primera. Al oír el nombre de Hobbema, se piensa al instante en un bosque; al de Pablo Potter, se creen ver vacas en un prado; y el de Calame está ya destinado á recordar el espectáculo de la Suiza y de los Alpes, que no ha tenido mejor ni mas poético intérprete.

A. J. D.

Real Academia de Nobles Artes

DE SAN FERNANDO.

(Conclusion.)

Es incontestable que no puede haber pintura, ni escultura, ni arquitectura sin inspiracion; y la inspiracion es hija de Dios: es una emanacion de su esencia, un rayo que se escapa de su frente augusta y que penetra en la mente del artista, que agitado por un noble é incomprendible entusiasmo, por un estro divino indefinible, observa que su pecho palpita, que su alma se inflama; y tomando entonces arrebatadamente la paleta y el pincel, traza la efigie de la Madre de Dios, atribuyéndole una belleza inimitable y respetuosa, emblema de todas las virtudes; ó pinta el Juicio final, y hace oír en los rasgos de su muda pintura las congojas y gritos de los réprobos y los cánticos de los bienaventurados; ó asiendo la regla y el compás, diseña la octava maravilla del mundo, el templo inmenso en que ostenta toda su gloria el catolicismo; templo en el que, cuando uno entra, como dice Portales, se ve penetrado de la grandeza del Dios á quien allí se adora. La cúpula de esta iglesia, sostenida por pilares que la presentan ligera, parece por su elevacion, por su extension y su forma aérea, que no da al templo otra bóveda que el mismo cielo.

El principio religioso, señores, sus dogmas sacrosantos son la verdadera base, el sólido cimiento de las bellas artes. M. Dréolle, en sus lecciones acerca de la influencia del principio religioso sobre el hombre y la sociedad, hablando de la esterilidad del mahometismo, decía: «El entusiasmo es un fuego que se apaga cuando no lo alimentan verdades inmutables y eternas. Estas verdades que profesa la religion católica son las que dieron materia á las concepciones del genio.» Razonando sobre ese tema, añade: «El siglo XVI fué el de los prodigios artísticos alimentados por el cristianismo: fué el siglo de los Perugginos, de los Rafaeles, Miguel Angel, Ticianos, Correggios, Veroneses y otros hombres inspirados por el dogma cristiano;» y pasando á hablar de la poesía, añade: «Después de Ariosto encontramos á ese Torcuato Tasso, que queriendo imitar las formas de Homero y Virgilio, se convirtió en un modelo inimitable: entonces la posteridad adquirió la obra del genio superior de Camoens: todos estos talentos recabaron su fuerza y su vigor del espiritualismo cristiano; la hallaron en una absorcion de pensamientos, en una creencia y fe viva en las verdades reveladas por el Evangelio.

¿Necesito citar mas testimonios y comprobantes para la demostracion de mi tesis? De ningun modo, porque cuento con el sentimiento, con vuestra conciencia y la de todos los hombres, que es la voz del alma, el eco de la razon divina que nos habla desde el cielo y que resuena en nuestro corazon.

No es extraño pues que un poeta de la antigüedad (Ovidio) pintase este entusiasmo del artista como la participacion de la divinidad: *Est Deus in nobis, agitante calescimus illo*. Otro poeta, pero cristiano (1) y de nuestros días, calificaba esta inspiracion de una aura arcana de una tempestad interior y secreta que agitaba y conmovia hondamente el corazon y la mente del hombre: la apellida asimismo un manantial desconocido y celestial, del que no pudieron formar idea cumplida los artistas y poetas gentiles. Así es que dirigiéndose al estro, lo llama una chispa invisible que nada tiene de terreno, que á un barro frio é inerte comunica calor y vida, y lo reviste de alas que le hacen competir con las obras del mismo Dios.

Y este númen, este estro, esta inspiracion no es obra de la enseñanza, sino que es hijo de un instante rápido, que enciende ó extingue un pensamiento que atraviesa veloz por la mente.

Tu sei figlio d'un rapido istante:

Or t'accende, or i'ammorza un pensier.

Y esa repentina llama del estro, esa concepcion pronta se debe á la espiritualidad del alma, que saltando fuera de las prisiones del cuerpo, se eleva á la sublime esfera

(1) Monseñer Daulo-Augusto, conde de Fóscolo, patriarca de Jerusalem, con quien contrahe amistad en mi primer viaje á Madrid, me entregó copia de una oda sobre el estro, como obra suya: á ella me refiero cuando cito á un autor moderno.

Hubiéramos deseado copiar esa oda, pero por su extension renunciamos á esta idea, y porque entonces hubiéramos debido trasladar íntegramente las de varios poetas antiguos y modernos, entre los cuales contamos al señor don Juan Güel y Renté, nuestro estimado amigo, que con el fuego de una imaginacion tropical cantó dignamente la sublimidad de las bellas artes.

de los cielos. ¿Quién sino una alma hecha á semejanza de Dios, puede producir tan maravillosos efectos? Solo así puede la pintura trasladar al lienzo objetos que únicamente reciben su sorprendente realidad de una idea que no puede ser obra de la materia. ¿Quién sino el espíritu pudo inspirar á Miguel Angel la representacion del postrer día del mundo?

Si, traveso al futuro tacente,
Michel vide l'extremo dei di.

¿Quién sino una alma espiritual pudo representar á san Antonio en éxtasis sobrehumano esperando al Niño Jesus que henda los aires para ir á posarse en sus manos? Mientras que la pintura griega, resultado de una fria imitacion, copia las voluptuosas actitudes de una Vénus, la pintura cristiana imita así, pero traslada además al lienzo las virtudes, las soberanas cualidades del alma. El arte pagano se reduce á la imitacion de la materia: el arte cristiano añade á esta imitacion los toques del pincel divino.

Pero no podemos omitir que la pintura, la escultura y la arquitectura han sido los primeros elementos de la civilizacion. El salvaje envuelve en pieles los huesos de sus padres, y los traslada de un punto á otro del desierto; pero el hombre civilizado hace que el pincel del artista dibuje sobre una tabla ó sobre una tela las facciones del autor de sus días, viendo en aquellas fijada la dulce imagen de la madre tierna y cariñosa que le acarició en la cuna, y le amamantó á sus pechos, y el semblante venerando del padre de quien recibió saludables consejos para caminar por la senda espinosa de la honradez y de la virtud.

El pincel, colaborador de la eternidad, es el cetro que empuña una mano inteligente para arrebatar á la muerte su devastadora guadaña y sus víctimas, exclamando el genio: *plus ultra*; después del sepulcro aun hay mas; la imagen que en la tierra grabó en un lienzo la pintura, y la inmortalidad de las almas en el cielo. Cuando por la ley que impuso el Altísimo como pena al linaje humano se verifique la destruccion de los objetos queridos; cuando las manos que nos acariciaron se hayan descarnado y convertido en polvo; cuando aquellos ojos que nos miraron con dulzura y nos produjeron hondas emociones se hayan descompuesto, confundiendo en la masa de los elementos; cuando abierta la huesa de la persona mas querida no encontremos mas que un puñado de tierra, se levanta sobre este polvo yerto é in-mundo la imagen del objeto amado, y podemos decir: *Hæc est victoria quæ vincit mundum*, esto es, la pintura ha vencido las leyes inexorables de la muerte; ha conseguido salvar de la destruccion esa efigie que conserva la mente del Soberano Hacedor para restituirla á la alma que voló á su seno. ¿Quién á vista de su prodigioso poder, no mirará la pintura como un auxiliar del Criador? Los espíritus desaparecen, los cuerpos que animaban se disuelven y disipan, pero el pincel conserva los rasgos de las facciones, y el hijo puede contemplar en delicioso arrobamiento el rostro de su padre, que al espirar podrá decir: *Non omnis moriar*, no moriré del todo: mi semblante estampado en un lienzo resucitará en el cariñoso corazon de mis hijos el recuerdo de mi fisonomía. ¿Y cuánto no contribuye á la moralidad de los hombres esta remembranza continua? Las bellas artes ¿no tributan un culto á la inmortalidad de las almas, al poder de Dios, al Creador de los mundos? Ningun pintor ha sido impío en todo el rigor de la palabra; ningun escultor, ningun arquitecto ha puesto en controversia las facultades del Altísimo, atribuyendo sus portentosas creaciones al acaso y á la fortuita rotacion de los átomos. Pirron, filósofo incrédulo de la antigüedad, para profesar la duda, como sistema dejó los pinceles: si hubo algunos después que se mostraron descreídos, fué en la apariencia; porque mientras se ostentaban con ideas menos religiosas, cumplian á su pesar la mision divina ejecutando obras que solamente podian ser fruto de la inspiracion celeste.

En vista de lo que acabo de exponer, continuaré ensalzando á las bellas artes como propagadoras de esas creencias que moralizan á la sociedad. En crónicas de piedra, que no son otra cosa los edificios y las estatuas, escriben los sucesos y los transmiten á la posteridad; y sobre todo, la pintura, refiriendo con el pincel los hechos gloriosos y los que exigen imitacion por ser el fiel traslado de las virtudes domésticas ó del heroísmo de todo género, inspira pensamientos que engendran obras altamente recomendables. ¿Quién no se inflama en sentimientos caritativos cuando ve el cuadro del Samaritano, en que se representa á este ungiendo al viandante herido que estaba postrado en el suelo sin que se detuvieran á socorrerle los pasajeros de su nacion? Este lienzo ¿no es una leccion elocuente y sensible, aunque muda, del amor al prójimo? La efigie de Nuestro Redentor, ¿cuántos sentimientos afectuosos no suscita en nuestras almas? Y el retrato de nuestros padres, ¿no nos recuerda muchas veces sus amonestaciones cariñosas, sus consejos inspirados por la ternura? En lo religioso y en lo civil, las bellas artes contribuyen poderosamente á desarrollar y confirmar los principios de moralidad y de patriotismo.

Pero no debe olvidarse tampoco que las bellas artes son los jalones de la historia, y que en ellos se graba el sello de la índole y calidad de las edades que atraviesa el mundo. Cuando domina el espíritu religioso, cuando el amor de Dios enardece las almas del pueblo, el arquitecto se consagra á levantar y embellecer la morada santa en que se oyen los oráculos de la religion, donde el espíritu se arroba en la contemplacion de los sagrados misterios, y se embelesa con las ideas de la ventura

celestial que le hace prelibar anticipadamente en la tierra: la pintura nos presenta entonces las imágenes de los santos, el rostro hermoso de la Virgen, fiel traslado de una virtud sobrehumana para cuyo traslado es preciso ir al cielo á buscar el colorido y las tintas.

En la época del renacimiento, el gusto de la antigüedad llevado al exceso puede decirse que reinstaló el imperio del gentilismo, reproduciendo las Vénus, los Bacos y los sátiros; y el arquitecto construyó templos para el placer, ó sea teatros en donde, según dice un escritor célebre, pudiesen lucir sus fingidas gracias las discípulas de Terpsicore. Para averiguar la índole, los sentimientos, las tendencias, las pasiones de un siglo, no hay mas que atender á las obras que dejó; mas claro, al uso que hizo de las bellas artes. Con razon ha dicho Cantú, en el prólogo de su *Historia universal*, que los poetas y los filósofos reflejan sus tiempos, como el río las orillas por entre las cuales discurre. Esta reflexion se aplica tambien á las bellas artes. Por eso temo el juicio que forme la posteridad con respecto á nuestra España, donde con dolor de los inteligentes, se ha dado preferencia á la construccion de cuarteles y plazas de toros, siendo la consecuencia de esta aficion que me abstengo de calificar, que mientras vemos erigirse tan deleznales monumentos, se desplome las obras maestras construidas por nuestros mayores, yaciendo entre tanto, á su despecho, en ociosa inaccion el vigoroso genio de nuestros artistas (1).

Ved, señores, como las bellas artes son las compañeras y auxiliares de la historia, ofreciéndonos en sus obras la prueba de los quilates de la civilizacion de cada siglo y de cada país. De la historia del Oriente son páginas elocuentes los restos de Ninive, Babilonia, Persépolis, Balbek y Palmira; en las pagodas de la India vemos los grados de su cultura: en los adoratorios, remedos de las pirámides de Egipto, quizás entrevemos el origen de los templos mejicanos; y en las ruinas de Palenque descubrimos una civilizacion anterior á la de los Aztecas que ocuparon las llanuras del Anahuac.

Cultivemos pues las bellas artes, para poder dejar de nuestro siglo una memoria grata y digna á las generaciones que nos sucedan, pero tambien por la consideracion de que en lo sucesivo deben ser una de las esperanzas de nuestra patria. Las bellas artes son indudablemente productoras de riqueza, pero de riqueza perfumada con el suave hábito de lo bello: así se intiere de las ideas que anunciaba un día nuestro apreciable y distinguido compañero el señor don Pedro de Madrazo en los siguientes versos:

Y á tí, ciencia sin luz, que el lauro mides
Por el provecho material grosero,
Digante Grecia y Roma si fué Euclides
Mas civilizador que el grande Homero (2).

Si Homero aumentó la civilizacion de la Grecia, aumentó tambien su bienestar: las bellas artes no pueden ejercerse en una nacion sin que se desarrollen inmediatamente los gérmenes de la prosperidad, pero de una prosperidad sólida, no de la bastarda, hija del materialismo, como lo cantó el mismo poeta diciendo:

Privada la moral de su belleza
Serán leyes del mundo las pasiones,
Idolo de los pueblos la riqueza,
Y las ciudades ranchos de ladrones.

Los nombres de Murillo, Velazquez y el Españoleto deben inflamar los corazones de la juventud presentándole un porvenir venturoso. Nuestro siglo positivista y metalizado debe ver tambien en las artes una fuente de riqueza haciendo de ellas la oportuna aplicacion. Observarse debe que en la actualidad tropas de extranjeros vienen á contemplar en nuestros museos las obras de nuestros eminentes pintores, de lo que se deduce que su genio creó á favor de su patria tributarios en regiones apartadas. El lugar que han ocupado los pintores españoles en la reciente Exposicion de Paris, abre mi corazon á nuevas esperanzas, lisonjeándome de que algunos jóvenes abandonarán otra direccion y otras ambiciones para consagrarse por elevada que sea su cuna, al ejercicio de las nobles artes, teniendo presente lo que, según dijo en una de sus odas don Pedro Montengon, puede recabar el hombre de estos conocimientos. Hé aquí sus palabras:

Mas de pincel armado
Hace do quiera frente á su destino:

(1) En medio de tantas devastaciones que afligen á los amantes de las artes, nuestra alma se dilata al saber y poder anunciar que el Excmo. señor don Joaquín Barraquer y Llauder, director-subinspector en el distrito de Cataluña, ha encontrado medio para ultimar las obras de un cuartel, conservando, á instancia de la Academia de San Fernando, el claustro y la iglesia del convento de San Pablo en la ciudad de Barcelona. ¡Ojalá que este ejemplo, tan digno y merecedor de alabanza, sea imitado en Zaragoza y nos exima de derramar amargo llanto por la destruccion de parte de las antigüedades que contiene el alcázar de la Aljafería, destruccion que seria una pérdida irreparable para las artes y la arqueología! Antigüedades de tal naturaleza, monumentos de tal clase, entre ellos una mezzquita anterior quizá al siglo décimo, á toda costa deberian conservarse, como un resto precioso de la arquitectura árabe en las provincias del Norte de España.

(2) Exposicion pública de bellas artes en 1856, y solemne distribucion de premios á los artistas, verificada por Su Majestad en 31 de diciembre del mismo año.

Y en honesto estado,
Sea en el suelo patrio ó peregrino,
Le grangea su mano y su talento
El seguro alimento,
Que niega la piedad con mal talante
A la inaccion del noble petulante.

El mismo autor en su tiempo preferia á otros cargos el ejercicio no solo de las nobles artes, sino aun el de las industriales, diciendo que valia mas ejercerlas que entregarse á la ociosidad.

O que ansiar el empleo,
Objeto de la envidia; que logrado,
A colmar el deseo
De la ambicion no llega, si quitado
Antes por la fortuna no le ha sido,
Apenas conseguido.
La mano envidio yo, no la nobleza
Del que lleva su hacienda en su destreza.

Pero aun cuando yo excite á los jóvenes al estudio de las bellas artes, no creais que participo de esa idea funesta de que indiscretamente deban arrancarse brazos á la agricultura y á la industria. Las bellas artes en lo general son ocupaciones de adorno, y que únicamente pueden proporcionar entretenimiento lucrativo donde rebose la riqueza, siendo por lo demás harto sabido que nunca podrán obtener medios seguros de subsistencia los que ejerzan el arte en escala superior si no poseen un gran talento y gozan de dotes privilegiadas. No incurramos en el vicio de exageracion: á pretexto de amor á las bellas artes no demos lugar á que crezca una turba de mamarrachistas despreciables que corrompiendo el gusto se conviertan en implacables enemigos de la verdadera belleza artistica. Por errores semejantes se crearon escritores adocenados, que no eran poetas sino meros rimadores, *venditori di cancie rimate* (1), y que sin embargo se supusieron genios ilustres; así como no faltaron tampoco quienes usurparon el título honroso de jurisconsultos, siendo meramente abogados rutinarios ó atrevidos leguleyos. Reconozcamos que las bellas artes no pueden sufrir la medianía, como con respecto á los poetas lo sentó Horacio en su carta á los Pisones, diciendo:

Mediocribus esse poetis

Non homines, non di, non concessere columnæ.

He llegado al término de mi discurso: solo me resta daros gracias por vuestra benevolencia en escuchar mis poco pulidos conceptos y mis sobradamente ingenuas observaciones. Habreis notado quizás en mis palabras cierta tímidez. Recordad lo que decia un sabio: «En las bellas artes acontece lo que en la moral y la religion: el temor es el principio de la sabiduría y á las veces de lo sublime.» Cesando yo de hablar y poniendo término á mi oracion, acredito mi buen sentido en no prolongar vuestras molestias. Me ha cabido la satisfaccion de haber considerado las bellas artes como un elemento religioso y civilizador, y de haber demostrado que eran auxiliares del progreso, que no puede ser verdaderamente tal si no es católico, y que consiste en la propagacion de la verdad para mejorar los hombres, adornándola con las galas de la elocuencia y con el esplendor que sabe atribuirles la mágica inventiva de los pintores, escultores y arquitectos, que son los que ejecutan una segunda creacion sobrepuesta á la que salió de las manos de Dios, y que imitando sus obras y comprendiendo la pureza primitiva en cuanto tiene relacion con lo bello, cantan en la tierra un himno á su grandeza como los coros celestiales lo cantan con sus arpas de oro en las mansiones del Eterno.

Dije.

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuacion.)

Cuando Antonio bajaba de su cuarto, se abrió la puerta del de Jordan, y M. Specht asomó su largo cuello por el ojo de la escalera y siguió á su compañero con la mirada mas inquisitorial.

— A fe mia, no hay duda que va allá, dijo á los demás que estaban reunidos en el cuarto de Jordan. ¡Esto es inaudito! Una cosa semejante no se ha visto desde que el mundo es mundo. Allí no se reunen mas que nobles. Me parece que esto va á dar que decir.

— Y ¿por qué no ha de ir si le han invitado? dijo el buen Jordan para evitar los reproches de los demás dependientes; y nadie se atrevió á destruir este argumento.

Solo M. Pix desde el sofá, dijo con acritud:

— Pero yo creo que no es conveniente que acepte semejantes invitaciones. Como empleado en el escritorio

es de los nuestros; además el bello lenguaje que oirá allí no le enseñará nada bueno. Lo menos malo que puede aprender es á calzarse unos lentes y á comer bombones.

— En esas reuniones de baile, dijo Specht, ocurren cosas sumamente frívolas, se suceden intriguillas amorosas y cada dia hay ocasion para desafíos. Pero este es el flaco y el resabio de Wohlfart. No tardaremos mucho en verle salir alguna mañana con una caja de pistolas bajo el brazo, ¿y cómo volverá? esto es lo que yo no puedo decir, pero de seguro que no volverá por su pié.

— ¡Eh! no digais majaderias, replicó Pix enojado. No veo que haya allí mayores motivos para reñir que en cualquiera otra parte.

Pero Specht una vez lanzado, continuó:

— Y se verá obligado á hablar en francés.

— Y ¿por qué no en ruso? exclamó Pix.

En este momento, M. Pix y M. Specht entablaron una larga discusion sobre qué lengua se hablaba en los salones de madama de Baldereck, pero todos los dependientes haciendo caso omiso de esta circunstancia estuvieron acordes en que ir á aquellas lecciones de baile, era un paso muy atrevido y temerario por parte de Wohlfart, paso que podia tener funestas consecuencias y turbar el equilibrio social.

— ¡De veras ha ido! exclamó la tia de Schreeter, regresando de una visita.

— Esa es una nueva jugada de su amigo Fink, dijo el comerciante.

Sabina tenia la vista fija en su labor, pero dijo finalmente.

— Yo estoy muy contenta de que Fink se valga de sus relaciones para proporcionar alguna distraccion á su amigo. A él no le gusta mucho el baile, y estoy segura que asistir á esa reunion es mas bien un sacrificio que una diversion.

M. Schreeter miró á su hermana, que hizo un ligero movimiento.

— Y yo me alegro que Wohlfart vea un poco el mundo. De todos los del escritorio es el que menos sale. Casi todas las noches, cuando me acuesto, veo luz en su cuarto; los otros tienen parientes ó amigos, mientras él está solo, y no conoce á nadie de fuera de esta casa. Debe ser muy pesado vivir así todo el año.

— Hasta aquí se ha portado bien, dijo el principal, veremos lo que hará en adelante.

— Pero ¿cómo ha podido ser admitido en esa sociedad? preguntó la tia. Figuraos que esa madama de Baldereck...

Sabina dió con el dedal encima del costurero.

— Es Finck quien le ha impuesto su voluntad, dijo, y me parece que hace bien. Tambien así tendrá mañana en recompensa su manjar favorito, á pesar de la avinagrada cara de mi jefe.

— Por supuesto, jamon cocido con vino de Borgoña, exclamó la tia. Pero dime por favor, ¿qué papel hará Wohlfart entre tanto uniforme? y ¿qué caso harán de él en medio de tantos hombres de mundo? De ningun modo puede rivalizar con ellos; para eso cuando menos se necesita dinero.

— Esa es cuenta suya, contestó Sabina alegremente. ¡No os deis mal rato por eso!

— Ha salido, dijo Carlos por la noche á su padre. Llevaba botitos de clarol (yo los he ido á buscar, porque M. Fink le ha prohibido que se pusiera los zapatos), sombrero nuevo; en fin todo cuanto lleva es nuevo. ¿Es así pues, como debe uno vestirse para ir á bailar á casa de personas *comme il faut*?

— Qué, ¿quisieras tú tambien ir á bailar? preguntó su padre.

— No, contestó Carlos, pero me agradaria ver á todas esas gentes en un baile.

— Ves ahí al lado á la Luna azul, y podrás gozar de ese espectáculo todos los domingos; bailan absolutamente como las personas distinguidas, aunque no con tanta delicadeza, y los concurrentes no usan guantes.

— ¡Ah! ¡qué empolvada tendrá mañana la ropa! dijo Carlos.

— ¡Oh! si esa es una diversion en la que se recoge mucho polvo, dijo el gigante. Se dan vueltas, y se salta, tan pronto hácia un lado como hácia otro, y tambien algunos quieren elevarse algo del suelo, lo que es imposible. Para mitigar el calor se bebe uno ó mas vasos de cualquier líquido y se acaba por bailar una polonesa en que todos se abrazan: eso es muy bueno cuando uno quiere casarse. Tú no te encuentras todavía en ese caso y se pasarán muchos años antes que...

— Pues para M. Wohlfart tampoco es tiempo todavía, contestó Carlos. ¡Qué bueno fuera que se casara ahora con una linda señorita y le viéramos pasear en una magnífica carroza tirada por dos caballos blancos con todo el arnés de plata!

— ¡Y bien! eso no puede menos de ser, dijo el padre meneando la cabeza; se principia bailando y se acaba por casarse, eso fué lo que me sucedió á mí.

— ¡Me hubiera gustado verte! exclamó Carlos.

— ¡Oh! repuso el gigante, en mis buenos tiempos daba vueltas como un trompo. Bailaba el vals, la saltadora, el vals ruso, y en lo que no tenia rival era en la polonesa.

Carlos miraba á su padre moviendo ligeramente la cabeza.

— Sí, continuó el gigante dichoso con estos dulces recuerdos, cuando uno no se marea, y encuentra buenos compañeros, no deja de ser una cosa divertida. Me acuerdo todavía del gran baile del *Casino artesano*. Habia sido invitado, y Guillermo, que era todavía muy delgado, pero muy alto, tambien. Me acuerdo como si fuera ayer; yo llevaba un traje azul con botones amarillos. Colocado en medio de la sala, yo miraba á toda aquella gente que daban vueltas en torno de mí; apercibí á tu madre, ¡ah, qué jóven y qué linda era entonces, derecha como un buso y fresca como una rosa? Su padre, maestro cerrajero, estaba sentado á su lado.

— Buenas noches, Juan, me dijo. ¡Ah! ¿tú por aquí?

— Yo lo creo, compadre, le contesté acercándome. Cuanto mas miraba á la encantadora niña, mas linda me parecia.

— Mira, aquí está mi hija, dijo el cerrajero, cualquiera diria que ya no la conoces. Ha estado dos años en casa de una parienta.

— Desde que no la he visto ha crecido mucho, repuse; está muy desarrollada y es muy linda á la vez.

La niña se puso colorada y á mí se me subió la sangre á la cabeza.

— Vamos, dijo el cerrajero, si la quieres hacer bailar, no tengas reparo. Solo te encargo que me la trates con delicadeza.

— Bien, la cogeré con el mayor cuidado posible. Y aprovechando el permiso, la saqué á bailar. Debiamos hacer una figura muy rara; ella un duendecillo de esbeltas formas y yo un coloso... A fe mia, creo que causaba risa á la gente.

— ¡Pues eso no debieras haberlo sufrido! exclamó Carlos, que se habia sentado enfrente de su padre con los brazos cruzados.

— Eso lo hacian sin malicia, dijo el padre Hunn; y despues de haber bailado algunas veces conmigo, tu madre me confesó que le importaba muy poco la risa de aquellos palurdos, añadiendo al mismo tiempo que yo bailaba bien. Ya comprenderás que despues de esto bailé con ella toda la noche. Al llegar al último vals, tuve que arreglar un negocio con Guillermo, porque viendo que bailaba con ella, que le hacia la corte, que daba vueltas á su derredor, que me pasaba la mano por el cabello, y que finalmente, á la ramillettera que habia á la puerta le compré un ramillete para ella y otro para mí, compré tambien dos, y se puso á dar vueltas como un gallo celoso al rededor de tu madre; acabé pues por llamarle aparte y decirle:

— Escucha, Guillermo, tú pondrás la mano en los carricoches, en los toneles y en los fardos; pero en cuanto á esta jóven, ya varía de especie... ¿Lo entiendes?

— Y ¿por qué?

— Me preguntas por qué; por lo mismo que somos amigos, Guillermo, no quisiera darte de moquetes ni cuchilladas delante de toda esta gente.

— Cualquiera diria que estás celoso.

Esto me hizo conocer lo que pasaba en mi corazon. Desde aquel dia estuve enamorado. Tú tambien sabrás algun dia lo que es eso. Al principio se siente uno inquieto, atormentado, está uno no sé cómo, la sangre hierve. Luego se canta, se escriben cartas y se compra un vestido nuevo. Hé ahí mi historia, esa es la de todo el mundo. Esto duró así seis semanas. Luego vino el casamiento. ¡Fué preciso ser condescendiente con el abuelo y convidar á todos los cargadores! La vispera de mi boda, nosotros los cargadores bailamos un gran rigodon en familia, siendo yo el que abrí el baile; así es que se bamboleó toda la casa, pero no sucedió ninguna desgracia. Por poco se viene abajo.

— ¡Diantre, me hubiera gustado verlo! Siento no haber sido de la partida.

— Esto se llama hablar como un majadero sin seso. ¿Cómo hubieras podido ser tú de la partida? Pues qué ¿acaso pensábamos entonces en tí? Pero dejemos eso, mas adelante...

— ¡Quiera Dios que M. Wohlfart no vuelva muy tarde! A M. Schreeter no le gusta eso, dijo Carlos.

Entre tanto un criado con librea galoneada acababa de abrir la puerta del salon de madama de Baldereck; Fink y Antonio penetraron á través de una hilera de piezas iluminadas, donde circulaban y departían agitando sus abanicos elegantes damas y caballeros deseosos de agradarlas. Las mamás y los parientes de las jóvenes que habian sido invitadas para asistir á la inauguracion de aquellos modestos bailes, conversaban y tomaban té. Fink murmuraba todavía al oido de su amigo: «Toma un aire mas libre, tan desenvuelto como puedas. Esa reserva púdica no deja de ser una tontería.» Y así hablando, arrastró á Antonio, que no oponia ninguna resistencia, para presentarle á la señora de la casa.

Antonio, que fué recibido con mucha amabilidad, se inclinó, no advirtiendo en su turbacion, que las miradas del círculo en que habia entrado se fijaban en él con una curiosidad que rayaba en impertinencia.

— Permittedme que os presente á la condesa de Pontak, dijo madama de Baldereck á su protegido, que apenas osaba respirar; y en seguida le colocó delante de una señora alta, delgada y seca, de edad indescifrable, que estaba sentada en un sitio elevado, á la que rodeaba un numeroso cortejo. «Querida Betty, os presento á M. Wohlfart.»

En este penoso momento, observó que la querida Betty tenia una nariz larga apergaminada, labios delga-

(1) Daulo-Augusto en la oda citada.

dos y una fisonomía pasablemente dura y repugnante. Vió dos ojos penetrantes que le revistaban de pies á cabeza y bajó esta como para saludar con la resignación de un prisionero de guerra. La condesa, derecha como una percha, preguntó desde lo alto de su trono:

— Caballero, ¿sois acaso el amigo de M. Fink?

— Servidor vuestro, señora condesa.

— ¿Hace poco tiempo que estais en la poblacion?

Habiendo cesado todas las conversaciones, la vista de veinte personas se fijó en el pobre Antonio.

— Perdonad, señora, hace ya algunos años.

Y continuando su interrogatorio, la amable Betty dijo:

— ¿Sin duda no sois de este pais?

— Nací y he sido educado en esta provincia.

— ¡Ciertamente! repuso la señora con tono glacial. ¿De dónde sois?

— De Ostran, contestó Antonio levantando la cabeza.

Este interrogatorio empezaba á hacersele pesado, sin saber precisamente por qué; pero su timidez desapareció, cediendo su lugar al despecho que empezaba á dominarle.

— Mi amigo, noble señora, dijo Fink interviniendo en el momento decisivo, es medio slavo, aunque protesta apasionadamente cuando se pone en duda su origen alemán; pero en cambio está en buen camino de poseer bien el inglés. En este momento participa de mi deseo de ser agradable á vuestros ojos. Yo le recomiendo á vuestra bondad. Nos habeis dado una muestra de gran penetración; ahora conceded á mi amigo lo que tanto admiramos en vos, vuestra dulce indulgencia para las faltas de un extranjero.

Las señoras sonrieron, algunos caballeros se volvieron para no soltar la risa, y Betty permaneció allí, con las plumas erizadas como un ave de rapaña á quien otra mayor ha arrebatado su presa.

Antonio, teniendo prisa por sustraerse á tantas miradas, se retiró á otro lado para descansar de aquella fastidiosa presentación observando á los concurrentes enteramente á su sabor. De pronto un pañuelo de batista le dió en el brazo, y el timbre bien marcado de una voz de señorita fué á herir su oído: « ¡Cómo, señor Wohlfart, no conocéis ya á vuestros antiguos amigos! Ya me he visto por la segunda vez obligada á ser la primera en saludaros. »

(Se continuará.)

El monumento

DEL POETA VONDEL

EN AMSTERDAM.

La Holanda acaba de elevar un monumento á la me-

mos de Virgilio y de Ovidio, Vondel escribió en todos los géneros y se elevó en cada uno de ellos á una altura que solo el genio sabe alcanzar: tan eminente ciudadano como gran poeta, fué el valiente defensor del partido republicano contra la opresion de los stathouders; su tragedia *Palamede*, es una enérgica y valerosa protesta contra la muerte de Barneweldt, jefe de este partido, injustamente condenado por M. de Nassau. Por todos estos títulos Vondel mereció la admiración y la gratitud de sus compatriotas, y el nuevo monumento consagra dignamente tan gloriosos recuerdos. Producto de una suscripción nacional, cuya principal iniciativa fué tomada por M. Van Lennep, sabio crítico á quien se debe una magnífica edicion de las obras de Vondel, se eleva hoy en Amsterdam en un parque recientemente creado á las puertas de la ciudad, constituyendo un precioso ornato. La estatua, obra de un escultor de muchísimo mérito, M. Royer, nos muestra al poeta sentado y en la actitud de la inspiración. Esta estatua es de bronce y descansa en un pedestal de piedra, cuyos ángulos están adornados de figuras alegóricas representando los cuatro géneros de poesía: lírica, sagrada, trágica y satírica. En las caras del zócalo hay inscripciones que recuerdan los principales hechos de la vida de Vondel, los títulos de sus obras y hacen el elogio de su genio y de sus virtudes.

La ceremonia de inauguración tuvo lugar en Amsterdam el 18 de octubre último.

El ministro del Interior la presidió, y de los puntos mas distantes habia acudido gente para asistir á ella. Los regimientos de la guardia cívica, los carros alegóricos, las corporaciones religiosas pertenecientes á las diferentes sectas, los colegios de niños expósitos, los obreros, los aldeanos, las mujeres brillantemente ataviadas, formaban un interminable sé-

quito. Toda la Holanda estaba reunida allí con sus tipos, sus trajes tan originales y característicos.

Pronunciaron discursos el ministro y M. Van Lennep, presidente de la comision de erección del monumento, y luego hubo una gran funcion teatral compuesta de una pieza de circunstancias y de dos actos de *Lucifer*, una de las mas célebres tragedias de Vondel. Esta funcion terminó la fiesta nacional cuya memoria vivirá largo tiempo en Holanda.

M. L.



Estatua del poeta Vondel, erigida en Amsterdam.

moria de su poeta nacional, Vondel, ilustre representante de una literatura fecunda en obras maestras y cuyas riquezas son desgraciadamente poco conocidas fuera del suelo patrio.

Vondel vivió en el siglo XVII, y fué el creador de la lengua poética holandesa. Autor de poemas líricos y épicos, de sátiras excelentes, de tragedias, entre las cuales hay algunas que han merecido ser comparadas con las obras maestras de Shakspeare, traductor de los Sal-